

EL BRUJO

PETER KAPRA

PETER KAPRA

El BRUJO

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151

BARCELONA BUENOS AIRES

PORTADA: C. PRUNÉS

© PETER KAPRA -1971

Depósito Legal: B. 34.479-1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

Capítulo Primero

LA RETORTA INFERNAL

A doce kilómetros de Montreuil y a unos treinta de la famosa población veraniega de Le Touquet-París-Plage, sobre una escarpada colina, se alzaba un viejo castillo normando, al que se subía por una bien asfaltada carretera particular. Una verja metálica cerraba el paso que conducía al castillo. Dos hombres, siempre armados, custodiaban aquella singular propiedad privada, que los turistas que acudían a la región debían contemplar desde lejos, admirados de que, en pleno siglo XXI, existieran aún hombres excéntricos, capaces de vivir entre muros de piedra, manchados por el tiempo, la sangre y la historia.

En realidad, aquel viejo castillo, todavía altivo y soberbio, contenía todos los adelantos del progreso, combinados en una impresionante decoración moderna y antigua, que su dueño había inculcado en los decoradores.

Su único ocupante era un hombre de ciencia, poco conocido en la región, porque pasaba casi todo su tiempo encerrado en los laboratorios secretos, donde no podía penetrar más que un viejo sirviente de toda su confianza. El resto de la servidumbre ni siquiera conocía el laboratorio de «M'sieu le comte», como se hacía llamar el dueño de aquella reliquia arquitectónica del siglo X.

Roger Restany se había graduado en París veinte años atrás. En aquel tiempo no era más que un licenciado en Ciencias Físicas y Naturales, sin más fortuna que unos pocos francos y grandes ambiciones para el futuro.

Un amigo suyo, Mario de Braque, ahora convertido en un importante biólogo de fama internacional, le prestó dinero para que

marchara a Sudamérica, donde permaneció algunos años, sin que nadie supiera de él. Pero, de la noche a la mañana, Roger Restany regresó a Francia, devolvió a su antiguo amigo el dinero que le prestó, y estuvo algún tiempo viviendo fastuosamente en los mejores hoteles, frecuentando la compañía de importantes hombres de negocios, artistas y políticos.

Luego se casó con una aristócrata, de quien heredó el título, al morir ella, un año después de su boda. Y a partir de entonces, Roger Restany se encerró en el castillo de Montreuil, y su nombre empezó a olvidarse en los círculos mundanos.

Era el año 2064.

La humanidad había realizado portentosas conquistas en todos los órdenes, tanto técnicos y científicos como sociales, económicos, culturales, etc. La segunda expedición ruso-norteamericana a Marte había partido ya en el famoso «tándem orbital»; más de cien personas se quedarían allí, gozando de las maravillas de un mundo que había sido habitado por una civilización portentosa y ya desaparecida. El misterio de las ruinas de Marte tenía que ser descubierto.

La Luna poseía estaciones astronómicas permanentes que casi eran ciudades del futuro, administradas por un régimen excepcional, conocido como Sistema Krovno, que era enteramente nuevo y extraordinario en el mundo de las relaciones humanas.

Incluso habían nacido seres en la Luna, llamados selenitas, que poseían la doble ventaja de ser «krovnos» del país terrestre que eligieran, que no pagaban impuestos y disfrutaban de otras regalías de todo tipo, por el simple hecho de haber nacido fuera de nuestro planeta y ser hijos de terrícolas.

Singular privilegio económico, hacia el que tendía todo el sistema socioeconómico mundial, en un colosal esfuerzo por situarse todos los pueblos y federaciones de pueblos a un mismo nivel cultural, científico y económico.

En aquel mundo moderno, progresista, revolucionario y evolucionista, el conde Restany era una extraña figura, misteriosa y gris, como los muros de piedra de su castillo, donde se dedicaba a extrañas y misteriosas prácticas.

Roger Restany era lo que en la actualidad se denomina un alquimista. Pero en sus prácticas entraba la brujería más inquietante y extraordinaria, el hechizo, el fetichismo y la superchería, mezclado todo con unos impresionantes conocimientos fisicoquímicos recogidos

en códices e incunables del pasado y en los más modernos tratados de la ciencia del siglo XXI.

Además, Roger Restany era un psicópata resentido y un hombre inclinado a saciar sus más bajos instintos animales, aunque para ello tuviera que recurrir al crimen.

¡Era un individuo que había matado por placer!

* * *

— Dame el bario, Denis — pareció silabear el hombre, de unos cuarenta y tantos años, que agitaba un matraz con inusitado vigor, delante de la retorta, colocada sobre un fuego de propano, y de la que salían humos extraños.

El enigmático sirviente tomó un frasco de un anaquel metálico y se aproximó a la mesa del alquimista.

— ¿Qué cantidad, señor? — preguntó.

— ¡Oh, Denis; debías saberlo! ¡Hemos realizado este experimento cientos de veces!

— Sí, señor.

A un lado de la mesa había una balanza antigua, de platillos. Denis vertió bario en uno y colocó una pesa de bronce sobre el otro, hasta nivelar el fiel. Luego, tomó el platillo del bario y se lo ofreció a su amo.

Roger Restany echó el bario en el matraz y siguió agitándolo con el mismo vigor, casi como un rito, con el rostro inexpresivo y los ojos entornados, inmerso en profundos y recónditos pensamientos, perdido en las sombras de su cerebro.

Una clepsidra, verdadera joya antigua de la relojería de agua, señaló el tiempo y Roger Restany vertió el contenido del matraz en la retorta, cuyos vapores parecieron eclipsarse súbitamente, mostrando un líquido denso y burbujeante, de color marrón oscuro.

Al verlo, las facciones del alquimista se distendieron. Una sonrisa de satisfacción asomó a sus labios.

— ¡Ya está a punto, Denis!

El criado, que vestía de negro como su amo, jersey de cuello alto y chaleco con muchos bolsillos, también se asomó un poco para contemplar la obra.

— Ya debe de estar formado, Denis… Será limpio, puro, diáfano, maravilloso.

— ¿Apago el fuego?

— Sí. Hazlo, Denis.

Un pulsador eléctrico cortó instantáneamente el fuego. Roger Restany, con gesto misterioso, tomó dos gruesas pinzas metálicas con las que alzó la retorta.

La llevó a una pileta llena de agua y la sumergió para acelerar el enfriamiento. Después, tras depositar de nuevo la retorta sobre la mesa manchada por los ácidos, procedió a rebuscar en el interior del líquido marrón oscuro.

Al sacar la pinza, algo parecido a un huevo de paloma, de color azul opaco, surgió en su extremo.

Con un grito de júbilo, Roger Restany tomó aquel huevo y procedió a limpiarlo cuidadosamente con un paño para librarlo de las impurezas de la cocción.

Entre sus dedos empezó a tomar vida algo parecido a un diamante de forma ovoide.

— ¡Es magnífico, señor conde! —exclamó Denis.

— ¿Verdad que sí, amigo mío? Cuando Dom Choisy, el lapidario, lo trabaje, se convertirá en un espléndido diamante de doscientos quilates, como mínimo.

— ¡O más, señor conde! —añadió Denis—. Es más grande que el último que hicimos el mes pasado. Y si por aquél obtuvimos trescientos setenta mil francos, con éste podemos llegar al medio millón.

— No voy a venderlo, Denis.

— ¿No, señor conde?

— No necesito dinero. Tengo más del que puedo gastar en toda mi vida. Haré la mejor colección de joyas que haya existido jamás. ¿Imaginas un collar con lágrimas azules centelleantes, formando una

hermosa cadena, de cuyo extremo colgará un rubí gigante?

— ¿Un rubí, señor conde? — se sorprendió Denis—. ¡Jamás hemos hecho ninguno!

— ¡Pero lo haremos, Denis!—replicó Roger Restany, con expresión de iluminado—. Tengo la fórmula... ¡Es algo extraordinario y maravilloso! ¡Es una piedra viva, ensangrentada, refulgente, como si las entrañas palpitantes de una joven virgen se hubieran de derramar en la probeta de la profunda magia!

» ¡Ah, dioses benignos, cuánto os debo! ¡Ni con cien vidas dedicadas a vuestro servicio os pagaría la deuda de vuestra generosidad hacia mí! ¡Pero os juro...!

El alquimista se detuvo al oír el zumbido de un timbre, algo inusitado en la penumbra misteriosa de aquel singular laboratorio.

— ¡He dicho que no me molesten cuando estoy aquí! —exclamó Roger, crispando los labios en una mueca de furor.

— Puede ser importante, señor conde — replicó Denis, llevándose el índice a los labios, para girar sobre sus talones y acercarse al muro pétreo, donde se descorrió lo que parecía una gruesa piedra y apareció un hueco, el cual contenía un viejo teléfono, que el criado descolgó.

— Sí... El señor conde está muy ocupado... Sí... ¿Quién? ¿El señor Mario de Braque?

— ¿Mario de Braque? — exclamó Roger Restany, al oír el nombre.

— Sí. Se encuentra a la entrada del castillo. Viene acompañado por una señorita e insiste en verle.

— Sí, sí. Que le dejen pasar inmediatamente. Le recibiré.

— Dejadle pasar. «M’sieu le comte» le recibirá.

El alquimista se guardó el huevo azul en un bolsillo del chaleco y se dirigió a una escalera de piedra. Tocó un resorte y se abrió, al descorrerse el muro, una cabina de acero blanco, en la que entró. Era un ascensor que le trasladó en pocos segundos a sus habitaciones particulares, donde se cambió de ropa. Se puso una chaqueta de amplias solapas, conforme a la moda de la época.

Los aposentos particulares de Roger Restany, conde le Montreuil,

eran de una fastuosidad impresionante. Nada del decorado interior tenía relación alguna con la lóbrega cueva donde poco antes había realizado sus experimentos, ni con la arquitectura exterior del castillo.

Allí, el modernismo más vanguardista imperaba en todos los detalles de la ornamentación, la luz, el mobiliario y los resortes biónicos que convertían aquellas estancias en algo insuperable.

Una vez vestido, Roger pasó a un amplio despacho de trabajo. Descorrió un panel de la librería, que se movió sin ruido, dejando al descubierto un cuadro electrónico extraordinario, en el centro del cual había una pantalla telescópica y multicromática, que se iluminó, mostrando la carretera asfaltada que conducía al castillo, y un moderno automóvil eléctrico, de color azul cielo, modelo delta, aerodinámico, en el que viajaban dos personas.

Roger sonrió al reconocer a su antiguo compañero de estudios universitarios, Mario de Braque, sonriente y jovial, por el que no parecían pasar los años, y que conducía el vehículo. A su lado, mirándole, iba una mujer preciosa, de unos treinta años, fascinante y exótica, muy bien peinada, cabellos caoba y oro, en graciosa combinación, y que vestía un breve conjunto estival, muy llamativo, especialmente por lo poco que cubría su bien modelado cuerpo moreno.

Roger manejó los controles de la pantalla telescópica, tomando un primer plano del fascinador semblante de la joven. Sintió que una emoción nueva se apoderaba de él.

La voz de ella, que llegó tamizada por las ondas, era melosa, acariciante. Estaba diciendo:

— ¿...vivir tu amigo en un sitio tan solitario como éste?

— Hace tiempo que no veo a Roger. Y temo que se haya convertido en un anacoreta introvertido y solitario. Ni siquiera sé si va a recibirme con los brazos abiertos. De estudiantes, éramos buenos amigos.

— El encargado del parador se equivocó al decirnos que no nos recibirían — añadió la hermosa mujer que acompañaba a Mario de Braque—. ¿Qué quiso decir con aquello de que aquí sólo podíamos entrar volando en una escoba?

Roger Restany se mordió los labios y cerró de golpe la pantalla.

— ¡Tendré que cerrarles la boca a esos malditos campesinos para

que dejen de hacer chismes a mi costa! ¡Escoria humana!

* * *

Roger Restany salió a recibir a sus visitantes en el amplio y maravilloso vestíbulo del castillo, entre reliquias del pasado y todas las comodidades y maravillas del presente. Mostraba su mejor sonrisa en el rostro.

Estrechó ambas manos a Mario de Braque, quien se volvió y dijo:

— Ésta es Cecil Loreau, mi secretaria. Aunque pronto vamos a casarnos.

— ¡Oh, Mario; qué noticia más estupenda! ¡Vaya que sí, te felicito y te envidio! ¡Eres muy bonita, Cecil!

— Gracias, Roger — replicó ella, con su más cordial sonrisa—. Desde luego, se lleva una la sorpresa más grande de su vida al cruzar esta puerta y ver lo que hay aquí dentro… ¡Esta decoración es increíble!

— Me alegro que os guste. Me ha costado casi toda la fortuna que dejó Carla.

— ¿Cómo te va, Roger?

— ¡Psch!… ¿Qué quieres que te diga? Veo que sigues siendo el mismo. No ha pasado el tiempo para ti. Debes hacer mucho deporte.

— Poco. Trabajo para la compañía «Monfort et Chemical». Soy una especie de capataz de laboratorio. Seis agobiantes horas de trabajo diario, entre papeles, y un mes de vacaciones pagadas al año. Cecil trabaja conmigo.

— ¡Ah, no lo sabía! Precisamente he pedido a tu compañía que me proporcione un microscopio ultrainfinitesimal… El modelo «RS-7».

Las facciones de Mario de Braque se contrajeron. Tomó a su antiguo amigo del brazo y le llevó hacia un rincón, donde había asientos climatizados y orto-anatómicos.

— Por eso he venido, Roger — dijo, muy serio—. Ha causado extrañeza tu carta… Tú no eres adivino, Roger. Yo te conozco. Bueno,

ese modelo acaba de llegar de América y nosotros no lo hemos anunciado... Los tres primeros son para el Estado.

»Pero, además, ¿sabes lo que vale uno de esos dichosos «RS-7», Roger?

— En vez de enviarte, tu compañía pudo solicitar un informe financiero al Banco de Francia, Mano.

— Lo hemos hecho.

— ¿Y qué?

— Pese a que el microscopio vale seis mil millones de francos, el Banco afirma que te financiará la compra.

— ¡Seis mil millones de francos es una cantidad fabulosa de dinero, Roger! — exclamó Cecil Loreau.

— El microscopio es capaz de llegar a mostrar la presencia del antigravitón.

— ¿Cómo lo sabes, Roger?

— ¿Tengo necesariamente que responder a eso, Mario?

— Debes hacerlo. La «Monfort et Chemical» tiene un departamento de seguridad que le protege de intromisiones imprevistas. Nosotros no dejamos nada al azar. Y la creación y fabricación de los «RS-7» era ultrasecreta. Nadie, en Europa, ni siquiera yo, conocía su existencia.

»Si informamos a la policía, podías verte complicado en un proceso de espionaje industrial. Pero en atención a una serie de factores, y en especial a las referencias que da de ti el Banco de Francia, aparte de que oí algo y tu nombre significa mucho para mí, la dirección me ha enviado a conversar contigo.

»Sin rodeos, Roger. La cosa es seria. No sé si podremos servirte ese pedido antes de cincuenta años. Y dudo que no sean ciento. Pero nadie podía conocer que esos microscopios ultrainfinitesimales existen.

— Yo lo sabía. Y no pensé que tardarían tanto en ponerlos a la venta. De todas formas, no voy a esperar cincuenta, y menos cien años, para poseer uno en mi laboratorio privado.

— ¿Tienes un laboratorio de física, Roger?

— Lo tengo. Te lo mostraré después de comer... No me digas que no. Has venido desde París, y eres mi huésped. Te debo mucho, Mario. ¿Recuerdas que me diste mil francos para que me fuera a América?

— Me los devolviste, Roger.

— Pero aquel dinero me sirvió de mucho. En Perú hice mi fortuna. Regresé y contraje matrimonio con Carla de Montreuil... ¡Pobre Carla! Vivió poco. Era muy temeraria...

— ¿Cómo hiciste tu fortuna, Roger? — preguntó Cecil, tomando un cordial, del bar que había surgido del suelo ante ellos.

— ¡Ah, un golpe de suerte! Me contrató una compañía minera. Yo tema fe en una teoría antigua, que estudié en un viejo tratado de alquimia. Estuve algunos meses en el laboratorio y conseguí lo más sencillo del mundo... Algo que los taberneros de todo el mundo aprendieron en la antigüedad. El vino, añadiéndole agua, aumenta — Roger sonrió y alzó su vaso isotérmico, brindando ante Cecil—. Yo aumenté el peso y el volumen de los metales. En dos años me hicieron presidente de la compañía minera.

— ¿A eso llamas tú un golpe de suerte? ¿No se llama de otra forma en el Código Penal? — preguntó Mario, sonriente también.

— No, lo siento. Añadir agua al oro no es delito. La patente es mía y está registrada internacionalmente. Procederé contra quien la utilice. Además, el oro que vende mi compañía es de primerísima calidad... ¡El agua que le añadimos al vino áureo posee el mismo peso atómico del oro, idénticas propiedades fisicoquímicas y es de la misma calidad que el empleado por Atahualpa para pagar a Pizarro su rescate!

» ¿Puedo regalar a Cecil un brazalete, como regalo de bodas?

Mario de Braque frunció ligeramente el ceño al ver la sonrisa que asomó a los labios de su secretaria y futura esposa, a la que Roger contemplaba con mirada acariciadora.

Y presintió que Roger Restany ya no era el amigo que él conoció en su juventud. Era otro distinto...

Capítulo II

¡VEN A MORIR, CECIL!

— He oído hablar mucho de tus investigaciones en embriología, Mario—dijo Roger, mientras los sirvientes, ataviados con antiguas libreas, atendían la gran mesa, donde estaban sentados, en un fastuoso comedor, cuya lámpara de cristal había fascinado a Cecil, nada más entrar.

— Estás desfasado, Roger. Dejé la embriología y me pasé al campo de la Genética de los virus. Tengo una cátedra en la Universidad estatal, aparte de mi empleo en la «Monfort et Chemical». Pero ni con las tierras que me dejó mi padre, ni los dos sueldos, puedo vivir como tú. ¿Cuántos sirvientes tienes?

— Quince nada más — respondió Roger, cuyas miradas se centraban particularmente en Cecil.

— ¿Y te parecen pocos? — exclamó la joven—. ¡Ni Verlack, con todos sus millones, posee tantos!

Roger sonrió abiertamente, mientras cortaba con tenedor y cuchillo la carne blanca y sabrosa de una «cholle» venusiana, que les habían servido con salsa de berenjenas.

— Verlack es un hombre de negocios. Todos sus empleados, más de cien mil, le sirven de un modo u otro. Yo no soy más que un oscuro viudo, de atribulado corazón, solitario y caprichoso, apasionado de las ciencias.

— Dime, Roger, ¿cómo te has enterado de la existencia de los «RS-7»? — preguntó Mario, tomando su copa de finísimo cristal de

Bohemia—. Insisto en que es importante.

— Te lo diré, Mario. Hablé por videófono con Marcus Diffring.

— ¡Ah! Nuestro ingeniero jefe en Nueva York. Eso lo explica todo. Pero el señor Diffring será amonestado…

— Dais una importancia desproporcionada a las cosas aquí, en Europa, Mario. Es tradicional. De acuerdo que la «Monfort et Chemical» tiene invertidos muchos millones en trabajos importantes, y que el secreto profesional es necesario respetarlo. La ley es tajante en eso.

»Pero conozco a Diffring desde que trabajó para mí, en Perú. ¿Qué puede negarme? Yo quería un microscopio ultrainfinitesimal y pensé en él. De haber sabido que tú estabas en la nómina de la «Monfort» tal vez habría recurrido a ti.

— Gracias, Roger. No puedo ayudarte. ¿Para qué quieres un microscopio capaz de ver lo inexistente?

— Realizo experiencias con metales raros.

— ¿Y no te serviría un «RS-3»?

— ¡Vamos, Mario; no soy un principiante!

— El campo magnético de ambos microscopios es idéntico. Permiten cien millones de aumentos.

— ¿Y la nitidez, Mario? El campo de aceleración gravitacional que lleva el «RS-7» es un extraordinario acierto del equipo de Diffring. No, amigo mío. El «RS-3» es ideal para estudiar la genética de los virus, pero inútil para investigar de qué está compuesto el núcleo negativo del mesón de Cesio-76.

— Es evidente — intervino Cecil, con una amplia sonrisa — que nuestro anfitrión sabe lo que quiere.

— Te diré más, Mario. Soy capaz de comprar todas las acciones de la «Monfort» que haya en el mercado de valores con tal de conseguir un «RS-7».

Había un tono grave en la voz de Roger Restany que hizo estremecer a Mario de Braque, quien repuso:

— Te creo, Roger. Mr. Brians no te conoce; yo, sí.

— ¿Tu jefe?

— Míster Brians es el director general de la «Monfort» en París.

— Pues dile algo, Mario. Deseo ese microscopio. Haz que me lo envíen cuanto antes, y que me lo instalen. Sé que no es fácil y llevará tiempo. Pero lo quiero… ¡Y si no lo hacéis así, Mr. Brians perderá su puesto!

La expresión de Roger Restany, al decir aquellas palabras, atemorizó a Mario. Jamás había visto tal gesto de amenaza en un hombre. La boca de Roger se había crispado en una mueca demoníaca, que asustó incluso a Cecil Loreau.

Pero pronto desapareció aquella expresión, y el conde de Montreuil volvió a sonreír ampliamente.

— Perdona, Mario. No estoy acostumbrado a que me contradigan. Me he vuelto muy sensible desde que murió Carla. ¿Qué os parece si vamos a tomar los licores y el café al salón?

Cecil aguardó a que Roger acudiera a su lado, a retirar su silla.

Los sirvientes se inclinaron cuando los tres pasaron ante ellos.

— Te felicito, Denis. La comida ha sido magnífica — observó Roger al pasar ante su mayordomo.

— Gracias, señor conde.

* * *

— ¡Eres sorprendente, Roger! —exclamó Mario, mirando a su antiguo amigo—. ¿Cómo iba a suponer que llegarías a poseer todo esto? ¡Vives aquí con una fastuosidad impresionante! Nadie lo diría, al ver de lejos tu castillo.

«Al preguntar por el modo de llegar hasta aquí, en un parador de la carretera de Montreuil, me dieron la impresión de que te consideran poco menos que un aliado del diablo.

Roger acentuó su sonrisa.

— Aún queda mucha ignorancia y superstición por el mundo. En parte, a eso es debido mi aislamiento. Cuando salgo del castillo, en mi «disco-jet», los campesinos, que, en el fondo son como sus antepasados, imaginan al brujo de los cuentos, en su escoba mágica.

»Poseo cinco automóviles anfibios y dos «krafts» tierra-airemar. Precisamente, en uno de estos se estrelló Carla, en los Alpes. Y todo eso puede parecer brujería.

»De vez en cuando, hago viajes a las inmediaciones del Lago Titicaca. Allí tengo la fuente de estas riquezas... ¿Quieres ver lo que traje de allí la última vez?

Diciendo esto, Roger se puso en pie y se dirigió a la repisa de la artística chimenea, donde presionó levemente en una de sus molduras.

El suelo se descorrió silenciosamente. Ascendió una caja acorazada, de gran tamaño, en cuya combinación se empleó Roger durante unos minutos.

— Si alguien tratase de abrir esta caja, sin conocer la combinación, sufriría una descarga eléctrica mortal... Ya está.

Abierta la puerta, Roger tomó una caja oblonga y negra y regresó a donde estaban Cecil y Mario.

— No apto para débiles cardíacos — bromeó al abrir la caja.

Mario y Cecil quedaron atónitos ante la piedra rosada, casi del tamaño de un puño, que Roger les mostró, sobre un fondo de terciopelo azul.

— ¿Qué monstruosidad es ésta, Roger?

— Una esmeralda que debió convivir, durante millones de siglos, con el fosfato hidratado de cobre y uranio. Es única en su género y, por tanto, no tiene precio.

— ¡Maravilloso! —exclamó Cecil, extasiada.

Fue en aquel preciso instante cuando Roger Restany empleó sus poderes mentales extrasensoriales, para enviar un mensaje al subconsciente de la hermosa secretaria y prometida de Mario.

«— Quiero que vengas a verme dentro de unos días, Cecil Loreau. Ven sola. Quiero hablar contigo sin testigos... ¡Recuérdalo! ¡Tienes que venir a verme en secreto! ¡Nadie debe saberlo! »

Cecil captó aquel imperioso mensaje, pero no se percató de ello. Las ondas telepáticas del cerebro de Roger penetraron profundamente en el suyo. Luego, el subconsciente lo transmitiría a la mente y ella obedecería el mandato que sus oídos no captaron.

— Si pudiera venderse, ¿qué calculas que vale, Roger?—preguntó Mario, examinando la extraordinaria gema.

— Por tallarla, pagué a Dom Choisy seis millones de francos. Él me ofreció dos mil millones.

Tanto Cecil como Mario quedaron boquiabiertos.

— Pero yo no la daría ni por mil veces más — añadió Roger, volviéndose a mirar una de las máscaras preincaicas que adornaba uno de los muros del salón.

Era una máscara demoníaca, de algún maléfico y desconocido dios de los incas peruanos, en cuyos ojos refulgían dos piedras rojas, que la luz hacía destellar de modo extraordinario.

Y, de haber mirado la máscara, Cecil y Mario habrían creído captar un aumento en la intensidad del brillo de tales ojos.

— Debes sentirte muy orgulloso de esta gema — observó Cecil.

— Es mi joya más preciada... ¡La adoro! ¿Crees que se puede adorar una piedra, Mario?

— De este valor, estoy seguro que sí.

— El valor no existe. Es la rareza, el tamaño... Tengo la sensación que la naturaleza la ha hecho dormir el sueño de los siglos, guardándola para mí.

— ¿Quién la encontró?

— Uno de nuestros obreros. Recibió un premio de diez mil soles. Hemos hallado otras piedras de gran valor, que se encuentran ya en el mercado, como el diamante «Iris lunar», por el que se pagaron dos millones de dólares.

— ¡Sí, precisamente lo adquirió la hermana de Verlack! —exclamó Cecil—. Vi aquel diamante en la T.V. Era maravilloso... Pero no se puede comparar con esta piedra.

«— ¡Esta piedra, como tú dices, se llama «La lágrima rosada de Satanás», querida! —dijo Roger Restany, recurriendo de nuevo a la telepatía dirigida a Cecil—. ¡Y puede ser tuya, si la quieres! ¡Yo te la pondré al cuello, con una cadena de rubíes! ¡Y tú compartirás mis secretos!»

Cecil se quedó mirando a Roger, como si hubiese oído su

mensaje. Incluso tuvo un estremecimiento. Por esto dijo:

— He sentido frío... No debí venir así.

— Te está bien empleado — amonestó Mario, poniéndose en pie —. Querías tomar el sol durante el viaje. Perdona, Roger. Será mejor que nos marchemos... Es una maravilla de joya. Ahora comprendo lo que dijiste de Mr. Brians. Le informaré con detalle y creo que el «RS-7» te será enviado. Oye, ¿por qué no vienes a París? Te presentaré a Mr. Brians. Eso facilitaría las cosas.

— No puedo, Mario. Sé que tú lo arreglarás todo.

— Está bien. Gracias por tu hospitalidad. Si alguna vez te decides, ésta es mi nueva dirección de París. Y, desde luego, estás invitado a la boda.

Al decir esto, Mario de Braque, el famoso biólogo, entregó una tarjeta de plata flexible a su antiguo amigo, quien la tomó y la leyó rápidamente.

— Puede que vaya... Uno también se cansa de estar siempre solo.

— ¡Desde luego! Y por muy absorbentes que sean tus investigaciones, hay que frecuentar un poco a nuestros semejantes. Me sentiré muy honrado de presentarte a mis amigos.

— Gracias... ¿Quieres ponerte alguna prenda, Cecil? El guardarropa de Carla está tal y como ella lo dejó... Tiene prendas que no pasan jamás de moda.

— No, gracias, Roger. Ha sido un estremecimiento pasajero. No es nada... Mucho gusto en haberte conocido. Espero volverte a ver.

— Yo también, Cecil — replicó Roger, tomando la mano de ella y llevándosela a los labios.

Poco después, ya en el delta azul, descendiendo por la bien cuidada carretera, Mario de Braque preguntó a su prometida:

— ¿Qué te ha parecido mi antiguo amigo?

— Extraordinario, amor mío... ¡Extraordinario e inquietante!

— ¿Inquietante? — retrucó él, mirándola de soslayo.

— Me refiero a su inmensa riqueza... Cleo, a su lado, sería un pobre mendigo.

— Pues al terminar sus estudios le tuve que prestar mil francos para que se fuera a Sudamérica.

— ¿Qué le atraía allí?

— No lo sé. Se los hubiese dado igual para ir a Beluchistán. Me alegra que consiguiera ese éxito tan extraordinario. Pero me temo que, a pesar de todo, Mr. Brians no le sirva el «RS-7».

— ¿Quieres decir que no?

— Estoy seguro, Cecil — terminó Mario —. Los tres únicos «RS-7» enviados de América son para el gobierno francés.

* * *

El laboratorio principal de Roger Restany no estaba oculto, como su cámara secreta de alquimista. Se encontraba en la parte alta del castillo, en una nave amplia, muy iluminada, donde se hallaban instaladas las máquinas de análisis físicos más modernas de la época, empezando por un reactor electromagnético, de veinticinco metros de longitud, aplicado a una excitadora motriz de alto voltaje.

Había allí extraños y complicados aparatos de medición de energía, máquinas de cálculo infinitesimal, computadoras, placas de radioastronomía, focos ópticos, microscopios electrónicos, repetidores de incidencias iónicas y hasta una pila de fotones.

Aquella tarde, sin poder sustraerse a la impresión que le había causado Cecil Loreau, Roger Restany se dirigió a su laboratorio. La entrada al mismo era accionada por circuitos de influencia de proximidad. La puerta se abría electrónicamente, al acercarse una persona, se invertía un circuito al paso de la misma, y se cerraba cuando el cuerpo se alejaba de ella.

Los trabajos que realizaba allí Roger Restany los efectuaba sin ayuda de nadie. Los consideraba científicos, pero secretos. Y, sin embargo, un aspecto de ellos era sumamente extraordinario.

Nada más entrar, Roger abrió una caja fuerte, empotrada en el muro del sector interior, de donde extrajo una bandeja con una serie de pequeñas cápsulas. Llevó la bandeja hasta la mesa del laboratorio, próxima al microscopio electrónico.

Con ayuda de unas pinzas, tomó el objeto oscuro y minúsculo que contenía una de las cápsulas y lo depositó, con sumo cuidado, sobre el portaobjetos del microscopio. Luego, procedió al ajuste de los visores.

También conectó varios pulsadores de un tablero de control contiguo antes de sentarse ante el microscopio y aplicar el ojo derecho al objetivo.

Inmediatamente vio el objeto oscuro, ahora iluminado por la luz del microscopio. Se trataba de una esfera, como de cristal, cuyo tamaño natural era invisible para el ojo humano. Sin embargo, vista con el microscopio parecía una enorme esfera transparente, en cuyo interior se veía un paisaje rocoso, como la entrada de una cueva, y ante ésta, había un hombre.

¡Un minúsculo e insignificante ser que, no obstante su tamaño, infinitesimal, ampliado por las lentes, era un individuo velludo de pies a cabeza, barbudo, de negra y revuelta pelambrera, con fuertes brazos y musculosas piernas!

Un filtro de sonido, que reducía el volumen de modo increíble, estaba conectado al tablero de control.

Roger Restany habló a través del micrófono y su voz, disminuida casi en cien mil veces de volumen, llegó hasta el microscópico sujeto que había en el interior de la esfera transparente.

Proporcionalmente al tamaño del singular individuo, la esfera era como un edificio de treinta pisos en comparación con un individuo normal.

— Hola, Vok — dijo Roger a través del micrófono infrasónico—. ¿Cómo te encuentras?

El aludido se movió. Señaló el interior de la caverna y dijo:

— Se está terminando el alimento. ¿Vas a cambiarme de vivienda, Roger?

— Te proveeré para otra temporada. Pero no es fácil. Tu atmósfera es muy tenue.

— Es que no quiero continuar aquí, Roger. Debes sacarme.

— ¡Pobre infeliz! ¿Qué ibas a hacer fuera de tu ambiente?

— Volver con mis hermanos de tribu, Roger.

— ¡Te echarían! Ya no eres el Vok que ellos conocían... No. Debes continuar conmigo. Es la primera vez que se establece un contacto entre el micromundo al que perteneces y el mío. Tengo cincuenta especímenes muy importantes a los que estoy adiestrando y preparando. Gracias a mí has aprendido la lengua de los gigantes y ahora nos podemos entender perfectamente. Quiero que seas mi intérprete entre tu tribu y yo, pero más tarde, cuando esté seguro de que puedo confiar en ti.

— Eres tan enorme, Roger, que no puedo verte siquiera. Me has dicho que existen mundos infinitamente más grandes que el mío y, quizá, otros sumamente más pequeños. En el orden de las proporciones, todo es infinito.

—Cierto, Vok. Pero debo admitir que, pese a tu primitivismo, eres un individuo inteligente. Has aprendido más aprisa que los cultos «hipéreos».

— Yo sé que ellos están en decadencia, Roger — dijo Vok, desde su microscópico encierro—. Alguna vez, mi tribu les atacará y les obligaremos a huir de nuestros bosques.

Roger Restany descubrió aquellos microscópicos seres en un extraño mundo, no mayor que un puño, parecido a un meteorito.

Seres que podían apiñarse a millares sobre la superficie de la punta de una aguja. Hombres, mujeres y niños que habían vivido, generación tras generación, viajando por el espacio en la rugosa superficie de un pedrusco, y que ahora conservaba él en la caja fuerte de su laboratorio, en una urna especial.

Roger Restany poseía aquella piedra desde veinte años atrás. Era irregular, verdosa, amarillenta y negra. Un astronauta la trajo del anillo de Saturno y la conservó por curiosidad, hasta que Roger, que estaba encargado del laboratorio geológico de una mina, en Juliaca, la examinó con el microscopio.

Desde entonces cambió la suerte de Roger.

En aquella piedra irregular, Roger encontró un mundo poblado y habitado, del que se convirtió en dueño y señor. Y, desde entonces, todo su anhelo consistió en transformarse para poder vivir con aquellos seres tan extraordinarios como microscópicos, que le convirtieron en un brujo.

Roger Restany, persiguiendo aquella utopía, se hizo archimillonario; aprendió ciencias desconocidas y sorprendentes y

dominó el mundo de lo material, en que vivía, gracias a lo que vio en una piedra.

Capítulo III

PESADILLA ALUCINANTE

Cecil Loreau presenció la entrevista entre Mario de Braque y el irascible Mr. Brians, director general de la firma «Monfort et Chemical», con sede en París y sucursales y factorías en casi todos los países del mundo.

Había sido una conversación desagradable, violenta e irritante.

Cecil, tendida en el lecho de su apartamiento de Arnaiz-sur-Seine, con la luz apagada, pijama de «saidy» — hilo de araña casi impalpable, que abundaba en los bosques de Venus—, recordaba cada una de las palabras que intercambiaron Mario y Mr. Brians:

»— Lo siento, Mr. Brians; el conde de Montreuil obtuvo la información en Nueva York. Y le diré más. Debe usted buscar el modo de servir ese pedido. Mi antiguo amigo Restany tiene medios para conseguir lo que se propone.

»— ¿Qué está usted diciendo, señor De Braque?

»— Me envió usted a Montreuil, dada mi condición de antiguo amigo de Roger Restany. Estas entrevistas no son mi especialidad. Bien sabe usted que mi contrato con la «Monfort» especifica mi calidad de investigador biológico. Pero siento afecto por cuanto hacemos aquí...

»— ¡Déjese de tonterías, señor De Braque! —le había atajado Mr. Brians desabridamente—. Usted es un ejecutivo de la «Monfort»... Usted sabe la importancia que tiene para todos nosotros que se conserven los secretos industriales... ¡Y si ese conde de Montreuil sabe

cosas que debe ignorar es porque alguien ha sido infiel aquí! ¡Y usted dijo ser amigo suyo!

»— ¡Hacía años que no veía a Roger! —gritó también Mario—. He quedado sorprendido al verle. De la importancia de la fortuna de ese hombre le dará una idea el hecho de poseer una piedra preciosa de valor incalculable, ¡porque no existe dinero suficiente en el mundo entero para pagarla!

»— ¿Qué disparate está usted diciendo, señor de Braque?

»— Cecil la ha visto.

»— Pero ¿quién es ese Restany, cuyo nombre no he oído jamás anteriormente?

»— Un hombre capaz de adquirir todas las acciones de esta compañía y hacer de los «RS-7 lo que le plazca — contestó Mario secamente.

»— ¡Está usted loco, señor De Braque! ¡Eso que está diciendo es un disparate impropio de un reconocido científico como usted!

»— ¡Es usted más obstinado que una muía, Mr. Brians! —replicó Mario, en tono tajante e incisivo—. ¡Y me gustaría que Roger cumpliera su amenaza, haciéndose el dueño de todo esto y poniéndole a usted de patitas en la calle!

»— ¡Fuera de aquí, señor De Braque! —chilló Mr. Brians, poniéndose en pie detrás de su amplísima mesa.

Mario, pese al desazón de Cecil, no salió. Se quedó y señaló a Mr. Brians con el dedo.

»— ¡Escúcheme, viejo estúpido! No tenía por qué meterme en esto. Por lealtad a la compañía y amistad hacia Roger, me ofrecí a visitar a mi antiguo compañero de estudios.

»He ido a verle y ahí tiene usted mi informe, juntamente con el del Banco de Francia. Puede pagar ese microscopio. Puede pagar mil de ellos. Puede hacer lo que le venga en gana porque es propietario de la mina de oro y diamantes más rica de América.

»Yo no lo sabía y quiero que lo sepa usted. No figura en las recepciones oficiales mundanas, en las que se mezcla usted, porque le dan asco los tipos de la especie a que usted pertenece. Y si quisiera, mi amigo podría ser el mismísimo presidente de la Nación.

» ¡Y le tendrá que vender usted un «RS-7» cuanto antes o no seguirá detrás de esa mesa más de una semana!

»Y ahora, me marcho. Puede romper mi contrato, si lo cree conveniente, que no haré ninguna reclamación. Adiós, señor «Estúpido».

Cecil Loreau se había vuelto pálida como la cera. Tuvo tiempo de ver caer a Mr. Brians, sentado en su enorme silla, antes de correr en pos de su jefe y prometido, al que alcanzó en el pasillo.

»— ¿Qué has hecho, Mario?

»— ¡He dicho a ese cretino lo que se merecía!

»— Pero…

»— ¡No me digas nada, por favor, Cecil! ¡Déjame ahora; estoy muy excitado!

Ella dejó que se marchara. Luego, después de estar encerrada unas horas en su despacho, optó por irse a casa, desde donde llamó a la mansión de Mario, pero no estaba. Llamó también al laboratorio de la Universidad y le dijeron que tampoco le habían visto.

Inquieta, excitada y nerviosa, optó por acostarse, pero pronto se dio cuenta de que no podía dormir. Los nervios habían minado su organismo y saltaba al menor ruido.

En tales circunstancias anormales, Cecil no supo si se quedó dormida y sufrió una pesadilla, o su cerebro se trastornó, estando despierta, haciéndola percibir sensaciones inquietantes y extraordinarias, que jamás había experimentado antes.

»— Quiero que vengas a verme dentro de unos días Cecil Loreau. Ven sola. Quiero hablar contigo sin testigos… ¡Recuérdalo! ¡Tienes que venir a verme en secreto! ¡Nadie debe saberlo!

La imperiosa orden hizo alzar la cabeza a Cecil.

Se vio de nuevo en el exótico salón del castillo de Montreuil. Y los ojos de Roger Restany la estaban mirando fijamente, con inusitada luminosidad, como si irradiaran los reflejos de la piedra rosada que ella tenía ahora en sus manos.

Volvió a ver la imponente piedra. Roger había dado una explicación de su origen que no recordaba. Pero el miedo y la inquietud se había apoderado de su corazón.

Roger ya no vestía sus modernas ropas claras, de solapas amplias y en picos altos, sobre los hombros. Era un rostro cadavérico, blanco y cerúleo, que ocultaba su figura con negros ropajes.

Sus manos, como garfios malignos y demoníacos, surgieron de la oscuridad y se acercaron a su rostro, tratando de agarrarla por el cuello. Ella retrocedió, espantada, y la visión se desvaneció.

Inmediatamente, Cecil se encontró sentada en un trono que era una inmensa piedra rosada y pulida, llena de iridisaciones mágicas. La piedra era como una pirámide, en cuya cúspide se encontraba sentada ella, por una escalera de brumas azules y blancas, en las que se ocultaban sus pies. Pero en las manos sostenía algo así como una esfera terráquea, que se iba agigantando a medida que el brujo ascendía hacia ella y se acercaba la esfera.

Se oyó un alarido espantoso y escalofriante, como emitido por alguien que estuviese muriendo entre horribles martirios, y Cecil se llevó las manos al rostro, aterrada, cubriéndose los ojos, para no ver al hombre que se acercaba, ofreciéndole un mundo.

Al abrir los ojos, sorprendida por un olor extraño, Cecil se encontró completamente desnuda, sobre un extraño terreno que se agigantaba por instantes, alejándose las montañas, elevándose los desconocidos y extraños árboles, cuyas hojas parecían ser fosforescentes, hasta convertirse todo en un paisaje descomunal, de cuyo suelo surgían retorcidas y nudosas raíces que, al principio le habían parecido serpientes.

Aterrada ante la realidad alucinante de aquella pesadilla, cubriéndose los senos con los brazos cruzados sobre el pecho, Cecil echó a correr, chillando.

El aire de aquel mundo poseía el olor característico del ozono, aunque se percibía también un perfume sutil y áspero.

Se vio corriendo, casi flotando, entre árboles rarísimos. Y, de pronto, vio muchos de aquellos troncos derribados, muertos, sin brillo en las hojas. Parecía como si el bosque hubiese sido aplastado por un pie gigantesco. Y se sorprendió hallar también ruinas y hierros retorcidos, como de una torre metálica que alguien hubiese demolido.

Desde la torre partía una carretera que parecía estar hecha de alguna materia plástica, lisa, resistente y de coloración amarillenta.

Se deslizó por allí, sobre sus pies descalzos, volando más que corriendo, hasta que, de pronto, algunos extraños seres salieron de

ambos lados del camino, interceptándole el paso.

Cecil se detuvo, muy asustada y jadeante. Miró a los seres que tenía delante y el terror aumentó en su mente.

Eran hombres velludos, simiescos, de fuertes brazos y piernas, medio antropóideos, sin lugar a dudas, con ojos, boca y nariz aplastada, pero se dijo que no eran humanos, ni pertenecían a ninguna especie primitiva.

Emitiendo extraños gritos, el grupo de individuos, siete u ocho, se acercaron, tratando de rodearla y alargando sus velludas manos hacia ella. Cecil dio media vuelta rápida y echó a correr.

Los otros la siguieron, saltando vigorosamente, y no tardaron en alcanzarla. Uno de ellos la agarró del cabello y la derribó al suelo. Mas cuando pretendió poseerla, los otros se lo impidieron, enzarzándose todos en una pelea bestial.

Cecil presenció, horrorizada, una lucha salvaje, en la que peleaban todos contra todos, quizá con el anhelo de eliminar a sus compañeros y quedarse el vencedor a solas con ella.

Por esta razón, Cecil no se quedó a ver el resultado de la contienda. Aprovechó que la pelea era más enconada, para arrastrarse primero y luego incorporarse y salir huyendo, fuera de la carretera amarilla.

En su alocada huida, penetró en una especie de frondosa selva, de vegetación lujuriante y enteramente desconocida, donde las lianas parecían tener vida propia, como serpientes verdes, que se aferraban a su cuerpo.

Cecil luchó contra aquella vegetación hasta que no pudo más, terminando por caer sin sentido, mientras grandes hojas, extraños insectos, lianas y enredaderas, la iban envolviendo, como si entre todas aquellas cosas horrendas quisieran devorarla.

* * *

Despertó en su lecho bañada en sudor frío.

La esfera luminosa del reloj electrónico de la mesita señalaba las seis. Había estado durmiendo, pues, más de diez horas. Y casi se

alegró de despertar, porque la realidad disipó el horrible y extraño sueño.

Se incorporó, flexionó los miembros y luego se dirigió al baño. El agua fresca y tonificante la reconfortó. Estuvo largo rato bajo los chorros de agua, que surgían del techo y los muros de la cámara del baño. Luego, cerró la ducha y se secó vigorosamente.

Se vistió con una bata cruzada, muy corta, y fue a la cocina. Allí se sirvió zumo de frutas, con leche y miel. Tomó dos canapés, que comió con apetito. Estaba bebiendo un reconstituyente, cuando sonó el timbre del videófono.

Pensó que podía ser Mario, aunque era algo temprano. Acudió al salón y conectó el aparato.

Efectivamente, era Mario. Pero su expresión le asustó. Su prometido tenía el aspecto de no haber dormido, mostraba grandes ojeras, expresión de fatiga y estaba sin peinar. Le llamaba desde una cabina pública.

— ¡Mario! ¿Qué te ocurre?

— ¡Oh, Cecil; perdona! ¡Ha ocurrido algo horrible!

— No me asustes, Mario.

— Se trata de Mr. Brians... ¡Lo han matado!

— ¡No!

— Sí. Me llamó anoche a casa. Había estado buscándome durante varias horas. Me dijo que fuese a verle a su hotel, de Maison-Laffite. Tenía que decirme algo muy importante.

— ¿Y fuiste?

— Sí, fui... Y me lo encontré muerto, en la biblioteca... Todas las puertas estaban abiertas... Parecía como si hubiese pasado por allí una legión de demonios... Muerta también su esposa, con una gran herida en el cuello... Y dos criados estaban ahogados en el baño...

— ¡Oh! —exclamó Cecil, retrocediendo, ante el horror que vio en los ojos de él.

— ¡Fue algo espantoso, Cecil! ¡Perdí la cabeza y salí de allí corriendo! Pero no es eso lo peor, Cecil... Sé que me está buscando la policía.

Cecil sintió como si recibiese una bofetada en pleno rostro. No se había repuesto aún, cuando zumbó el timbre de la puerta.

— Están llamando, Mario. ¿Dónde estás?

— ¡Debe ser la policía, Cecil! ¡No quiero complicarte en esto! ¡Tú no sabes nada! ¡No puedo decirte donde estoy! ¡Ya te llamaré más tarde a tu casa o a la oficina! ¡Adiós, Cecil; confía en mí; soy inocente!

Fue Mario de Braque quien cortó la comunicación. Cecil, aterrada, se quedó mirando la pantalla vacía. El timbre de la puerta continuaba llamando.

Sin fijarse en que la bata le llegaba justamente a la cadera, se dirigió a la puerta. Antes de abrirla, sobresaltada, tomó un abrigo del ropero exterior y se lo puso.

Luego, abrió.

Tres hombres, con el uniforme azul brillante y las insignias de la policía estatal, se hallaban ante ella, muy graves. Uno de ellos preguntó:

— ¿Iba usted a salir, señorita Loreau?

— No... no... Acabo de levantarme... He tenido una pesadilla horrible y estoy como aturdida.

— ¿Podemos pasar? Soy el jefe Crevreux. Éstos son mis ayudantes, Guy Tissac y André Renán.

— ¿Qué es lo que... desean?

— Suponemos que está enterada, señorita Loreau.

— ¿De qué?

— Buscamos a su novio, Mario de Braque. Pero también queremos hablar con usted. ¿Está aquí él?

— No. ¿Cómo iba a estar? Mario es un hombre correcto, un científico.

— Tenemos motivos para creer que ayer perdió la corrección. Sabemos que discutió acaloradamente con Mr. Brians, el director general de la «Monfort et Chemical». Y usted estuvo presente.

Los tres policías habían entrado en el vestíbulo, pero Cecil continuaba junto a la puerta, tratando de serenarse y encontrar una

actitud digna y consecuente.

— Registradlo todo, Guy — ordenó el jefe Chevreux, volviéndose luego a Cecil —. ¿Dónde podemos hablar?

— Sí... ¿Por qué buscan a Mario?

— Le buscamos por sospechas de asesinato.

Cecil jadeó, como si tuviera falta de aire.

— ¡No...! ¡Eso no puede ser!

— Lo siento. ¿Cuándo vio usted ayer por última vez I a su prometido?

Cecil no respondió. No podía creer que Mario fuese culpable del delito que le acusaban. Era imposible. Además, él mismo acababa de llamarla para decírselo. ¿Por qué se ocultaba, pues, siendo inocente?

Cecil comprendió que mentir a la policía podía ser perjudicial. Por esto, creyendo hacer un favor a Mario, dijo:

— Acabo de hablar con él por videófono.

— ¿Sí? — exclamó Chevreux—. ¿Desde dónde le ha llamado?

— Desde una cabina pública.

A continuación, la joven relató lo que había sucedido la víspera, en el despacho de Mr. Brians, y cómo, después de decir cuánto tenía en la mente, Mario salió, sin querer ni escucharla siquiera.

— Traté de llamarle varias veces anoche. Pero no lo logré. Supongo que Mario debió irse a cualquier parte, tal vez a dar un paseo en auto, para despejarse la cabeza, y regresaría tarde a su domicilio.

«Debió ser entonces cuando recibió la llamada de Mr. Brians. Él acaba de decírmelo. Acudió allí, a Maison-Laffite, y se encontró con un horrible cuadro.

— Eso es lo que él le ha contado, señorita Loreau — dijo el jefe Chevreux secamente —. Pero nosotros tenemos otra teoría... Más que esto, certeza de que, después de deambular por ahí, sin rumbo fijo, Mario de Braque se presentó en la mansión de Mr. Brians, casi de madrugada, atacó a todo el que encontró en la casa, revolviéndolo todo, como un loco, y que luego se dio a la fuga. Afortunadamente, su estado mental no debía hallarse muy sosegado, cosa que puede favorecerle ante la ley, para ser enviado a una clínica psiquiátrica, y a

nosotros nos ha facilitado la labor, puesto que ha dejado huellas de su paso por todas partes.

Guy Tissac y André Renán regresaron, diciendo:

— No está, jefe.

— ¿Le importa que dejemos aquí a un hombre, señorita?

— Debo ir a la oficina.

— Yo mismo la acompañaré. Tenemos que vigilarla. Su novio tratará de llamarla en cualquier momento. Queremos capturarlo sin hacerle daño...

— ¡Pero yo tengo fe en su inocencia!

Chevreux sonrió tristemente.

— Deséchela y afronte la realidad. Otra cosa, ¿de qué discutieron Mario de Braque y Mr. Brians? Usted estuvo presente.

Cecil relató lo ocurrido, empezando por el viaje que hicieron a Montreuil, a ver al extraño hombre de ciencia que allí vivía. Habló del microscopio ultrainfinitesimal y de las pretensiones de Roger Restany.

— Esos microscopios son algo ultrasecreto. Míster Brians estaba enojado contra Roger Restany, al que quería denunciar. Pero la información procedía de nuestro ingeniero jefe, en Nueva York, antiguo amigo del conde de Montreuil.

»Bien. Por eso discutieron. Mario dijo que Míster Brians tenía que facilitar a Roger uno de los microscopios.

— ¿Qué vale uno de esos aparatos?

— ¡Muchísimo dinero! Pero Roger Restany es inmensamente rico... ¡Tanto como para poder adquirir las acciones de la «Monfort» y hacerse el amo de la compañía!

— ¡Hum! Pero eso no es motivo para asesinar a Mr. Brians, a su esposa y a los criados — replicó el jefe Chevreux.

— ¡Las muertes son obra de un loco! — agregó André Renán, mirando con interés a Cecil.

Capítulo IV

LA MIRADA DEL BRUJO

Roger Restany acogió con agrado a su antiguo amigo, a quien el mayordomo Denis había acompañado hasta el majestuoso despacho.

Mario, nervioso y demudado, tomó entre sus manos la diestra de su amigo.

— ¡Necesito tu ayuda, Roger! — suplicó.

— Calma, Mario. Te noto muy excitado. ¿Qué te ocurre?

— ¡Me está buscando la policía!

— ¡Caramba! Eso parece grave. Anda, ven. Siéntate y tranquilízate un poco,

Roger acompañó a su visitante hasta una amplia butaca. Luego, fue a la mesa y presionó un conmutador, a la vez que decía:

— Denis, envíanos un tónico cordial a la inglesa… Sí, con mucho «whisky».

Dicho esto, Roger fue a tomar asiento delante de su antiguo compañero de estudios. Del interior de su bata, sacó una pitillera de oro y pedrería y la abrió:

— Toma un cigarrillo egipcio.

— Gracias, Roger.

— Ahora, con calma, explícamelo todo.

Mario de Braque encendió el cigarrillo, aspiró el humo y luego echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo.

— Discutí con Mr. Brians, el director general. Fue al regreso de mi viaje aquí. Le dije que era necesario buscar el modo de facilitarte un «RS-7». Él me trató desairadamente y... Bueno, creo que me excedí. Aquel cretino necesitaba que alguien le dijese las verdades. Y se las dije. Luego, me fui.

»Estaba furioso y creí que dar un paseo en coche me sentaría bien. Así lo hice. Cené solo en un restaurante de la ruta. Ignoro hasta donde fui, ni siquiera donde estuve. Volví tarde a casa, cansado y dispuesto a dormir veinticuatro horas seguidas.

»Pero no había hecho más que llegar cuando me llamó Mr. Brians, por videófono, diciéndome que fuese a su hotel, de Maison-Laffite, pues tenía algo importante que decirme. Intenté eludir la visita. Temí que fuera una entrevista violenta, a raíz de la discusión que habíamos tenido por la tarde. Él insistió en que debía ir a verle. Así que volví a vestirme y salí.

»Cuando llegué a su casa, encontré la puerta abierta, lámparas volcadas, un extraordinario desorden, y a Mr. Brians muerto, en la biblioteca.

»Quise pedir ayuda y, al entrar en otra estancia, hallé, también muerta, a su esposa. Lo último que encontré, en el baño, fueron los dos criados muertos, ahogados.

»El terror se apoderó de mí. Creo que hui. Regresé al coche y pensé que fácilmente podían culparme de aquellas muertes, si no aparecía el culpable. La discusión entre Mr. Brians y yo había sido fuerte.

»Por eso volví rápidamente a mi casa. No sabía qué hacer, pero empecé a preparar una maleta.

— ¿Para huir? — preguntó Roger, extrañado y serio.

— ¡Te repito que no sabía qué hacer! No sé qué tremenda duda me asaltó. Supuse que podían culparme. La policía de París trabaja muy rápidamente. Por esto no podía perder tiempo.

»Lo que hice fue estacionar mi coche cerca de mi casa, entre los árboles, y esperar allí. Efectivamente, dos horas después se presentó la policía. Entraron en mi domicilio. Yo no esperé más y escapé.

»Luego, al conocer las noticias y saber que me están buscando

por todo el país, decidí venir a verte.

— ¿Has venido en tu coche?

— No. Lo dejé en París... He tomado un auto de alquiler hasta Montreuil. Desde allí he venido en un helitaxi. Me he puesto gafas, para no ser reconocido. Todos los televisores del país están difundiendo mi fotografía.

— ¿Y por qué has venido aquí, Mario? — preguntó Roger gravemente—. Si estuviste ayer aquí, la policía se enterará. Precisamente, tu discusión con Mr. Brians fue por mí. ¿Tan desconcertado estás que no has comprendido que, en este castillo, es donde primero han de buscarte?

— No... Tal vez, no, Roger.

— Yo veo las cosas de distinto modo.

— ¿Estás insinuando que no quieres ayudarme, Roger?

— No digas eso, Mario — se apresuró a decir Roger—. Te aprecio mucho y, aunque fueses el culpable, te ayudaría... Bueno, no te preocupes. Mis criados dirán lo que yo les diga. Además, el castillo es grande y hay muchos sitios para esconderte. Me molestaría, sin embargo, que la policía viniese a efectuar un registro.

— ¡Gracias, Roger; estaba seguro de que podía confiar en ti!

— Sin embargo, déjame decirte algo. Oculto no vas a solucionar nada.

— Escucha, Roger. Tengo dinero. He pensado que podía contratar los servicios de una buena agencia de investigación, para que demuestre mi inocencia.

— Me parece una buena idea. Habrá que hacer el encargo de una manera discreta. ¿Crees que Cecil puede encargarse del asunto?

— Tendrás que llamarla, pero no le digas dónde estoy. La policía se enteraría. Deben tenerla estrechamente vigilada.

— Descuida, Mario. Estoy seguro de que tu prometida es muy inteligente y hará las cosas bien. Uno de mis sirvientes irá hoy mismo a París y se encargará de hacer los arreglos. En cuanto al dinero que todo ello cueste, no te preocupes. Tampoco puedes disponer de tus bienes. Tu banco estará vigilado. Y yo tengo todo el dinero que se me antoja.

»Ahora, ven conmigo. Voy a instalarte en unas habitaciones secretas, donde no te faltará de nada. Aunque venga a buscarte la policía, no te encontrarán. Yo me encargaré de advertir a los criados.

— ¡Gracias, Roger; estaba seguro de llamar a buena puerta!

— Vamos, Mario; no tienes nada que agradecerme. Lamento muchísimo lo ocurrido. Aunque no comprendo por qué han matado a Mr. Brians. ¿Sabes si tenía enemigos?

— Un hombre de su posición, forzosamente debía tenerlos. El mundo de las finanzas es muy complejo. Mr. Brians, sin saberlo, pudo arruinar a alguien.

— O sabiéndolo — añadió Roger.

— No quiero discutir eso. El número de los que pueden tener resentimiento contra él es muy gran, de. Pero te aseguro que yo no le maté.

« ¡Yo de ti no estaría tan seguro, Mario!», se dijo Roger, mentalmente.

* * *

Al salir de su despacho, Cecil vio al policía Guy Tissac en el interior de un coche. Fingió no reconocerle y se dirigió al aparcamiento a tomar su propio vehículo. Poco después, vio de nuevo que Tissac la seguía.

Había sido el día más largo y angustioso de la existencia de Cecil. Hubo de asistir a una reunión de altos jefes, e informar con todo detalle de la discusión mantenida la víspera entre Mr. Brians y Mario.

Luego fue a verla el jefe Chevreux, quien le hizo muchas preguntas respecto a Mario, enterándose también de la casa que habían comprado en St. Denis, para cuando se casaran. Era evidente que la policía pensaba también registrar y vigilar aquel lugar.

Y fue durante aquella charla cuando Cecil le preguntó al jefe de policía:

— ¿Qué pruebas tiene usted contra Mario?

— Tenemos todas las pruebas necesarias... Huellas dactilares...

Testigos que le vieron salir de la mansión de Mr. Brians y sabemos que la víctima no llamó a Mario de Braque anoche para que fuese a verle.

— ¡Él me dijo que le había llamado!

— No es cierto. El videófono de Mr. Brians no registró ayer ninguna llamada. Usted sabe que esos aparatos están controlados desde las estaciones de enlace, donde computan el tiempo y el número del abonado. Su novio, pues, le ha mentido al decirle que Mr. Brians le llamó a altas horas de la noche.

Cecil se mordió los labios y ya no hizo más preguntas.

Sabiendo que Guy Tissac la seguía de cerca, se dirigió a su casa. Dejó el coche en el garaje y entró en el inmueble. Antes de penetrar en el ascensor, abrió el casillero de su correspondencia, donde encontró un sobre que llevaba su nombre. No había venido en el correo, pues carecía de franqueo, por lo que alguien lo había dejado allí. No reconocía la letra.

Se lo guardó y lo abrió cuando estuvo en su apartamento, apoyada la espalda en la puerta. Dentro, en papel corriente, había un mensaje para ella que decía:

> *«Cecil. Mario está en lugar seguro. Tienes que buscar el mejor detective de la ciudad y contratarle para que investigue la muerte de Mr. Brians. Mario es inocente, pero alguien tiene que demostrarlo. No te preocupes de nada más. Yo pagaré los gastos».*

Sólo había una letra erre, como firma. Cecil pensó inmediatamente en Roger Restany.

Animada por aquel rayo de esperanza, Cecil fue a la cocina y metió la misiva en el interior del horno eléctrico. Luego, pasó al salón y tomó una guía videofónica de profesionales. Cuando halló el número y el nombre que buscaba, se sentó ante el videófono y marcó el número deseado. Sabía que la policía iba a escuchar también la conversación, aunque ningún oficial apareciera en la imagen.

Primero apareció un agraciado rostro de mujer.

— Soy Cecil Loreau y trabajo en el departamento de genética de la compañía «Monfort». ¿Puedo hablar con el señor Jason, señorita?

— Por favor, ¿podría decirme para qué desea verle?

— Quiero contratar sus servicios para una investigación.

— Perfectamente. Aguarde un instante. En seguida le pongo.

En efecto, pronto apareció un hombre, de unos cincuenta años, con cabellos teñidos de rubio, gafas y expresión sagaz.

— ¿Cecil Loreau?

— Sí, señor Jason. Se trata de mi prometido, Mario de Braque...

— ¡Oh, entiendo!

— Deseo que hagan ustedes una investigación para demostrar la inocencia de mi prometido.

— ¿No le está buscando la policía o ha sido detenido ya?

— Le están buscando.

— En tal caso, no podemos hacer nada, señorita Loreau. Nosotros no podemos inmiscuimos en una investigación oficial. Si sabe usted dónde se encuentra su prometido, lo que debe hacer es rogarle que se entregue a las autoridades. Si es inocente, nosotros lo demostraremos.

— Es que yo no sé dónde está Mario. Me llamó temprano y me dijo que volvería a llamarme, pero no lo ha hecho. Si me he dirigido a usted es para ganar tiempo. Hagan lo que sea posible.

— Lo siento. Sólo podemos abrir un expediente y esperar el informe de nuestro asesor legal. El caso de Mario de Braque es... Bueno, demasiado reciente y desagradable.

»Por otra parte, según las informaciones del día, parece que no hay duda sobre su culpabilidad.

— ¡Mario es inocente! — exclamó Cecil —. ¡Todo parece acusarle, lo sé! ¡Pero él es incapaz de hacer una cosa así!

— Le advierto que la ley no será severa con él. Parece un caso de enajenación transitoria.

— ¡Le repito que Mario es inocente! ¡En cuanto a sus honorarios no debe preocuparse; pagaré lo que sea!

— No se trata de eso. Debe usted suponer que esta conversación

estará siendo registrada por la policía. Yo no puedo hacer absolutamente nada..., por ahora. Si trato de intervenir en una investigación oficial, tendré problemas. El caso sería distinto si su prometido estuviese ya detenido...

— ¡Por favor, señor Jason; haga usted algo!

— Lo siento mucho... Lo más que puedo hacer es poner a mis hombres a trabajar en el asunto en el mismo instante en que sepamos que ha sido detenido. No puedo hacer otra cosa. Y, por favor, venga a verme mañana y hablaremos. Deseo conocer la razón de su fe en Mario de Braque. Pudiera ser que fuese inocente... Sólo digo, pudiera ser.

Paul Jason sonrió y cortó la comunicación. Era un hombre de experiencia y las últimas palabras que pronunció no iban dirigidas precisamente a Cecil. Sabía que llegarían hasta las cámaras electroscópicas del jefe de policía que estuviese encargado del caso.

* * *

Eran las tres de la madrugada.

Cecil se incorporó, obedeciendo un mandato de su subconsciente. Se vistió y se calzó, luego tomó las llaves de su coche y salió del apartamento. Pero no fue directamente al garaje, sino que salió por una puerta trasera y dio un rodeo, entre los árboles, hasta llegar a la esquina principal, desde donde estuvo atisbando.

Vio el coche de la policía estacionado delante de su casa y al agente de guardia paseando lentamente por la acera. Estaba fumando y, de vez en cuando, alzaba la vista, como para mirar al apartamiento de Cecil, que estaba totalmente a oscuras.

En vista de aquello, Cecil se alejó a buen paso. Detuvo un taxi y se hizo conducir al aeropuerto interior, donde pidió un «disco-jet» de alquiler, para efectuar un viaje rápido a Le Touquet-París-Plage.

Pagó su importe y, minutos después, sentada junto a un joven piloto, que le miraba las piernas de reojo, emprendía el vuelo.

El trayecto fue de quince minutos. Cecil apenas si intercambió tres o cuatro frases con el piloto. Al desembarcar, alquiló un coche sin chófer, con el que se dirigió velozmente a Montreuil. Estaba

amaneciendo cuando distinguió la inconfundible silueta del castillo propiedad de Roger Restany, ante cuya entrada particular hubo de detenerse, para que el portero-guardián la identificase y luego realizara la obligada llamada a su amo.

Cecil esperó impaciente. Había salido del coche y paseaba arriba y abajo. Encendió un cigarrillo y luego lo tiró contra el suelo, pisoteándolo. Roger Restany debía estar durmiendo a tales horas. Se despertaría malhumorado, seguramente... ¡Pero ella estaba allí porque él se lo había ordenado!

Realmente, Cecil no obraba por su propia voluntad. Tampoco se había preguntado la razón de su extraño viaje al castillo de Montreuil. Era como si una fuerza extraña, superior a ella misma, la obligase.

Y la fuerza no podía interceptarle el paso, como, efectivamente, así ocurrió, al aparecer de nuevo el cancerbero y decirle, mientras empezaba a abrir la verja:

— Puede usted pasar, señorita Loreau... «M'sieu le comte» la espera.

Cecil subió al coche y arrancó rápidamente, tomando la carretera particular que ascendía al castillo. Aún era lo bastante de noche para tener que llevar la luz encendida. Los faros barrían las curvas e iluminaban el asfalto, dando al suelo un extraño tono amarillento.

Esta luz despertó un recuerdo en su mente. Revivió parte del sueño de la noche anterior, cuando, en su pesadilla, se vio corriendo por una carretera, al parecer, de plástico amarillo.

Y de nuevo volvió a ver, en los incognoscibles recodos de su mente, a los hombres velludos que combatían entre sí para poseerla.

En este deplorable estado de ánimo llegó hasta la terraza, al pie de la escalera principal del castillo, donde la estaba aguardando Roger Restany, que vestía un jersey oscuro y unos pantalones negros, muy ajustados.

En realidad, Cecil creyó vivir de nuevo el alucinante sueño de la noche antes. Y tuvo un sobresalto.

Él se acercó y le tendió la mano, para ayudarla a salir del coche.

— Gracias por haber venido, Cecil. Aunque no te esperaba tan pronto.

Ella no contestó.

Él se inclinó sobre su rostro tenso y la besó en los labios con suavidad, sin que ella hiciese nada para impedírselo. Parecía sojuzgada, dominada o convertida en estatua insensible.

— Mario está aquí — añadió él—. Pero no debes verle... La policía vendrá a buscarle pronto. ¿Quieres que se lo lleven detenido?

— Paul Jason dice que, si lo arrestan, él puede investigar — replicó Cecil.

— Bueno. Dejemos eso ahora... Ven conmigo, hermosa criatura. Los criados están durmiendo en sus dependencias, al otro lado del castillo. Entra sin temor.

Roger la tomó de los hombros y le hizo subir la escalinata. La puerta estaba abierta. Había una tenue luz en el vestíbulo. Entraron y se dirigieron hacia el salón.

Una vez allí, Roger hizo sentarse a Cecil.

— Puedes desvestirte, Cecil. Deseo verte en todo tu esplendor.

Ella obedeció y luego se quedó estática ante él, quien la examinó de pies a cabeza, dando una vuelta a su alrededor, para terminar acercándose y abrazarla fuertemente.

— ¡Eres maravillosa, Cecil! ¡La criatura humana más bella que he conocido jamás!

Cecil estaba rígida, con la boca crispada, como si hiciera un sobrehumano esfuerzo para escapar de aquella trampa mortal en que se encontraba.

Pero no podía razonar. No pensaba siquiera. El poder maligno que había en la mente de Roger la tenía dominada por completo. Era imposible sustraerse al hechizo fatal del siniestro cerebro de Roger Restany, quien, besando los hombros de ella, musitó:

— Posees la divina pureza de una diosa pagana, Cecil... ¡Tenías que ser mía y de nadie más! Haré que Mario de Braque desaparezca de nuestras vidas... Sé que es inocente, porque fue uno de mis amigos quien mató a Mr. Brians... ¡No permito que nadie se oponga a mis deseos! ¡Nadie puede negarme nada! ¡Ni tú!

»Yo envié a Uessant a matar. E hice que la mente de Mario quedase confundida. No es posible inducir a nadie al crimen, si no es

un criminal. Pero Mario, obedeciendo mis órdenes mentales, llegó a Maison-Laffite después de haber salido Uessant... Y él fue quien lo revolvió todo, porque su subconsciente estaba furioso contra Mr. Brians.

» ¿Y por qué te cuento esto, amor mío, si no puedes comprenderme? ¡Besémonos! ¡Eres tan bella!

Los labios del brujo se hundieron en la boca de ella, ávidamente.

Capítulo V

EL MUNDO DIMINUTO

Mario de Braque, atribulado y aturdido como estaba, apenas si se fijó por donde su amigo le condujo en el interior del castillo. Observó, eso sí, que Roger Restany se detenía ante una recia columna de sillería, donde debió tocar algún oculto resorte, pues un fragmento del muro se descorrió, apareciendo una sombría escalera.

— Hay muchos secretos en un viejo castillo — comentó Roger, sonriendo—. Y la técnica moderna me ha permitido satisfacer un infantil anhelo.

— ¿Qué es esto? — preguntó Mario.

— Un pasadizo secreto. Nadie sabe que existe. Si viene la policía a registrar, no lo encontrará. Ven, sígueme.

Descendieron por una empinada escalera. Roger hizo ascender

una herrumbrosa verja de hierro, que luego descendió en silencio tras ellos, y continuaron por aquel pasillo que nada tema de tétrico, pues estaba perfectamente iluminado con tubos de vapor de mercurio, hasta desembocar en una especie de sala, sin puerta alguna, al parecer.

Luego sabría Mario que allí existían varias puertas secretas. Inmediatamente, pisando sobre determinada baldosa, Roger hizo que se abriera una. El muro, que parecía de piedra, se descorrió en un sector.

— ¿Eh, qué te parece, Mario?

— Está lleno de secretos.

Entraron en una sala amueblada con toda comodidad y equipada con aire acondicionado. Había allí tres sillones, de cómodo aspecto, una librería que ocupaba todo un muro de seis metros de largo por tres de alto, adornos en las paredes, mueble-bar, instalación de radio y televisión, y dos aposentos más, uno que servía de dormitorio y un cuarto de baño.

— ¡Pero si esto es como la «suite» del mejor hotel! — exclamó Mario, mirando en torno suyo—. ¿Para qué utilizas esto?

— Últimamente, para nada. Pero aquí me he retirado algunas veces a descansar, sin que lo sepan ni los sirvientes. En este tranquilo rincón no te molestará nadie, Mario. Yo mismo te traeré de comer. No debes preocuparte de nada. Tienes lectura, distracción y comodidades.

»El único inconveniente es que, si necesitas algo urgente, no puedes satisfacer tu deseo. Has de esperar a que yo vuelva.

Un temor asaltó a Mario.

— ¿Y si algo te impide volver?

— Lo siento, Mario. No debes pensar eso.

— ¿Puedo yo salir de aquí sin tu ayuda?

Roger Restany sacudió negativamente la cabeza.

— No. Hay un modo de salir. Pero será mejor que no te lo diga... ¿Confías en mí?

— Sí, desde luego.

— Entonces, instálate y permanece tranquilo. Volveré al

anochecer. Te aconsejo que duermas. En el ropero hallarás pijamas míos, que te vendrán bien. Ahora, me marcho.

Roger Restany palmoteo el hombro de Mario y abandonó la estancia, por el mismo lugar que habían entrado. La puerta se cerró automáticamente y Mario tuvo la impresión de haber quedado incomunicado en una lujosa cárcel.

Sin embargo, pronto rechazó aquella idea, dedicado a examinar todo el lugar, empezando por el bar, donde encontró varias clases de bebidas, y una máquina eléctrica para fabricar cubitos de hielo.

Se sirvió un tónico reconfortante y luego estuvo examinando la librería, donde halló libros de ciencia muy interesantes.

Con el vaso en la mano, Mario tomó un libro de embriología y se sentó. El silencio era allí impresionante. El tiempo parecía haberse detenido y la lectura del tema le distrajo de tal forma que, cuando cerró el libro no sabía cuántas horas había estado leyendo.

Y su sorpresa fue enorme al levantar la mirada y ver, sentado en una butaca, a pocos metros, a Roger Restany, mirándole.

— ¿Eh, cómo... ?

— No te sobresaltes, por favor — le suplicó Roger, con un gesto y una sonrisa—. Estabas tan enfrascado en la lectura que no me has oído entrar. Te he traído algunas provisiones.

Mario consultó su reloj.

— ¡Cielos, cómo ha pasado el tiempo! Es interesante esta teoría embrionaria de Malcom. Lástima que la demostración sea tan poco convincente... ¿Qué noticias hay, Roger? ¿Sabes algo de Cecil?

— Le he enviado un mensaje. Contratará a un investigador. No debes preocuparte de nada.

— No. Ahora estoy más tranquilo... ¿Tanto te interesa la alquimia, Roger? Hay ahí muchos libros antiguos sobre el tema.

— Hace tiempo quise hallar la piedra filosofal — declaró Roger con una sonrisa.

Mario de Braque también sonrió.

— ¿Lo conseguiste?

— La piedra filosofal es una utopía. Sin embargo, hice

descubrimientos sorprendentes.

— ¿ Cómo cuál?

— Depuré sílice hasta límites increíbles y extraje oro.

— ¿De veras?

— Sí. Pero en tan pequeñas cantidades que no pude hacerme ni un anillo.

Ambos sonrieron.

— Eres extraordinario, Roger. Créeme que te admiro. Has logrado todo lo que cualquier hombre puede ambicionar. Si salieras de tu aislamiento, podrías conquistar gloria.

— No me interesa, Mario. Aquí estoy bien. La gloria del mundo es falsa. Bronce dorado. Mis satisfacciones son de otra índole.

— ¿Qué es lo que pretendes?

— Sencillamente, vivir en paz.

— ¿Y después?

— ¿Después de qué?

— De todo esto… Cuando hayas muerto.

Roger se encogió de hombros y musitó:

— A los muertos no les preocupa nada.

* * *

Mario conectó la televisión, por si captaba alguna noticia de su caso. Se sentó ante el aparato, cuya pantalla se iluminó al instante. Como el reportaje que estaba proyectando no le interesó, seleccionó otro canal en el control que tenía a su derecha. Por casualidad Mario cometió un error en la selección, eligiendo un canal inexistente.

A consecuencias de aquel error se produjo un deslizamiento en uno de los cuadros abstractos que había en el muro, dejando al descubierto una placa con una serie de timbres.

Extrañado, Mario se levantó, se acercó a donde el cuadro abstracto había revelado su secreto y examinó la placa. Cada pulsador tenía un número, pero él ignoraba lo que significaba. Supuso que debía ser otro de los misterios del extraño castillo que Roger arregló después de la muerte de su esposa Carla de Montreuil.

«—Aprieta el botón número cinco.

Mario se volvió, sorprendido. Creyó haber oído una voz extraña a su espalda. Sin embargo, allí no había nadie. Hubo de admitir que todo había sido fruto de su imaginación.

Sin embargo, se quedó muy preocupado, porque estaba seguro de que el pulsador número cinco, como si el instinto le hubiese advertido, significaba algo importante.

Estuvo dudando largo rato. Sabía que Roger ya no vendría hasta el día siguiente. Eran más de las diez. Habían cenado juntos. Luego, Roger se retiró, despidiéndose de él hasta el día siguiente.

¿Por qué se le había ocurrido pensar que debía apretar el pulsador número cinco?

Mario ya no dudó. Si ocurría algo, trataría de explicar a su amigo que la curiosidad pudo más que su prudencia. Además, aquel pulsador número cinco empezaba a obsesionarle.

Puso el dedo encima del botón y lo empujó.

No ocurrió nada. Y esto le decepcionó, haciéndole sonreír. Se dijo que había sido un necio.

Y ya se disponía a volver ante el televisor, para tratar de que el cuadro ocupara de nuevo su sitio, cuando se dio cuenta de que algo había cambiado en la estancia… Junto a la librería se había abierto una abertura del tamaño de una puerta.

Se acercó y vio que era algo así como la cabina de un ascensor. Ya no dudó. Entró allí. La presión de sus pies sobre el piso puso en marcha el mecanismo.

Ascendió el piso rápidamente y luego se detuvo, a la vez que se descorría una puerta.

Mario se encontró en una amplia estancia, muy parecida a una moderna central de telecomunicaciones, cuyo aspecto le dejó atónito.

Cautelosamente, avanzó hacia el centro, mirando con curiosidad

a su alrededor. Se dijo que todo lo que allí había instalado debía costar una fabulosa fortuna.

Además, ¿ para qué quería Roger Restany todo aquello? ¿Qué objetivo tenía poseer un equipo como aquel? ¿Y quién lo manejaba?

Mario se detuvo ante una gran pantalla telescópica, donde destacaba el conmutador de encendido general. Y pensó que a través de aquella pantalla podía enterarse de cuanto estaba ocurriendo en París o en el mundo entero. Se dijo que, posiblemente con aquellos aparatos, Roger Restany podía conectar con todas las estaciones de televisión del mundo.

Pensar esto y empujar el conmutador de encendido todo fue uno.

Pero Mario no estaba preparado para lo que ocurrió instantes después, al encenderse la pantalla y aparecer el plano general de una extraña sala, adornada de modo increíble, y en donde, ante lo que podía conceptuarse como una mesa, se hallaba sentado un hombre que estaba trazando extraños guarismos sobre unos largos rollos de papel.

De pronto, como si el individuo de la pantalla se diera cuenta que estaba siendo observado, se volvió y se puso en pie. A excepción de un taparrabos negro, el sujeto iba enteramente desnudo. Era flaco y se le podían contar las costillas… ¡Y en ellas notó Mario algo insólito!

¡Las costillas de aquel hombre no eran igual que las de un ser humano!

Mario no supo, de momento, en qué consistía la diferencia. Pero pronto comprendió, cuando el individuo se acercó a donde debía estar la cámara de circuito cerrado que transmitía su imagen, que, efectivamente, se trataba de un individuo de otra raza.

Era humanoide, sin duda. Pero existían en él diferencias notables. Y una de ellas eran las curiosas gafas metálicas, a modo de anteojos, que llevaba puestas.

No obstante, aquel individuo, habló en un francés bastante aceptable.

— ¿Dónde está «M’sieu le comte»? — preguntó—. ¿Quién es usted?

— Perdone — replicó Mario—. No debería estar aquí. Todo ha sido una verdadera casualidad.

— ¿Qué quiere decir? ¿Se está comunicando conmigo por casualidad? ¿Y Roger Restany?

— Supongo que debe estar durmiendo.

En las facciones que ahora aparecían en la pantalla, en un enorme primer plano, Mario captó una expresión que calificó de sorpresa inaudita.

— ¿ Duerme? ¿ Y quién es usted? ¿ Sabe él que está usted aquí?

— No, no lo sabe. Soy un amigo suyo... Disculpe. Será mejor que cierre esto y me retire.

— ¡No, espere! —exclamó aquel extraño sujeto—. ¡Usted puede ser nuestra salvación!

— ¿ Qué quiere decir? No lo comprendo.

— ¿No le ha hablado Roger Restany, de Hipere?

— No. ¿Qué es eso?

— ¡El mundo que él domina y mantiene en la esclavitud más espantosa y terrible!

Mario arqueó las cejas, sin comprender.

— ¿Domina Roger un mundo?

— Sí... ¡Por favor, escúcheme usted! Yo no sé si el destino le ha enviado en socorro nuestro, pero usted no puede ser tan infinitamente perverso como es él... ¡Nadie puede ser tan vil y maligno como para retener un planeta habitado por ochenta millones de seres!

— Pero, ¿qué está usted diciendo?

— Su sorpresa me demuestra que no sabe usted nada del monstruoso rapto. Atienda. Yo pertenezco a una raza infinitamente pequeña, en comparación a ustedes.

— ¿Eh?

Mario de Braque iba de asombro en asombro, sin poder creer lo que estaba oyendo.

— Sí. Toda esa instalación, que nosotros hemos diseñado para que la electrónica intercambie las proporciones descomunales que nos separan, sirve para que nosotros aparezcamos ante Roger Restany

como de su mismo tamaño. A su vez, nosotros le vemos a usted igual que a nosotros mismos.

— Pero… ¿Cómo quiere que yo crea lo que me está diciendo?

— Sí, admito que se hace difícil de creer. Sin embargo, debe hacerlo. Usted puede ayudamos. Roger es un demonio insaciable y ambicioso. Le hemos dado toda nuestra ciencia, para que nos devolviera a nuestro medio natural, pero él no ha cumplido ninguna de las promesas que nos hizo.

»Y nosotros le hemos hecho inmensamente rico. No puede haber en el mundo de ustedes nadie con mayor caudal de conocimientos que él.

»Por favor, ayúdenos usted. Es el destino quién nos lo envía. Tiene que ayudamos. Yo podría hipnotizarle y obligarle a que nos pusiera en libertad. Pero considero injusto utilizar procedimientos inicuos… ¡Sé que usted nos ayudará!

— Si puedo… Pero es que no comprendo nada. No puedo creer lo que me ha dicho.

— Escuche. Permítame leer su pensamiento. Puedo hacerlo a través de todo este mecanismo electrónico. Si me autoriza, le haré comprender.

— No sé si debo… ¿Quién es usted?

— Soy el mago Derke, de Hipere. Yo gobierno a mi pueblo con justicia, y nos defendemos de los hombres salvajes de los bosques. Vivo en un mundo que no es más que un guijarro para ustedes.

«Hace más de veinticinco años, del tiempo de ustedes, un explorador interplanetario terrestre nos arrebató de nuestro medio, en el cinturón de meteoritos de Saturno. Le gustó la coloración de lo que él creyó una piedra, y, al tomarnos, nos produjo la mayor catástrofe de nuestra historia.

«Fue, proporcionalmente, como si alguien, veinte mil veces mayor que el planeta Tierra, viniera de otros mundos y se apoderase del mundo de ustedes. ¿Comprende?

»Vimos aplastarse regiones enteras de nuestros bosques. Morir a millones de nuestros semejantes, al ser abatidas nuestras viviendas del exterior. Hipere estuvo a punto de perecer. Sufrimos sacudidas terribles, y hasta fuimos fragmentados en parte.

»Al fin, nuestro pequeño mundo fue a parar al laboratorio donde trabajaba el joven científico, Roger Restany, quien, al analizar lo que creyó una piedra de colores, se encontró con nuestra civilización en ruinas.

«Logramos despertar su interés. Le transmití mi pensamiento y el de mis hermanos, pidiéndole que hiciese todo lo posible por devolvernos a nuestro medio natural, en el anillo de Saturno. Pero Roger Restany pronto se dio cuenta de que nosotros éramos para él una fuente de riquezas y poder.

«Tuvimos que acceder a sus pretensiones, facilitándole medios para poder, primero, establecer relaciones. Y luego proporcionarle diseños, fórmulas y planos de nuestros más insignes sabios, con lo que se hizo millonario, adquirió todo esto y pudimos llegar a vernos, como nos vemos ahora, sin necesidad de potentes microscopios, como al principio.

»Le dimos fórmulas para crear piedras preciosas, para obtener oro y metales raros en abundancia. Él, a su vez, nos proporcionó una relativa seguridad, en el interior de su caja fuerte, temeroso de que alguien pudiera quitarle su más valioso tesoro.

«Así, somos sus prisioneros. Ochenta millones de hombres y mujeres, de una raza infinitesimal y microscópica, pero no por eso menos adelantada que la de ustedes, que permanecen prisioneros de un gigante maligno, demoníaco y ambicioso, contra el que nada podemos hacer.

«Hacía tiempo que no utilizaba esta instalación para verse conmigo. Sé que tiene a unos cincuenta semejantes míos, fuera de nuestro mundo, realizando no sé qué clase de experiencias.

«Mucho me temo que no nos devolverá jamás al lugar de donde procedemos y terminará por destruirnos.

«Es un ser inmensamente dañino, con poderes extraordinarios, que yo mismo le he dado, capaz de matar por puro placer, sádico, traidor y perverso hasta límites extraordinarios.

«Sabemos que se ha hecho fabulosamente rico con todos los procedimientos que nosotros le hemos enseñado, tratando siempre de ganárnoslo para obtener la libertad. Pero jamás ha cumplido siquiera una de las muchas promesas que nos ha hecho.

«Hace irnos años, furioso, nos arrojó contra el muro. Imagínese lo que eso significó para nosotros. La muerte se cebó en nuestras

tribus. Apenas si hubo supervivientes. Salimos despedidos al vacío, como minúsculos insectos en una vorágine de moléculas. Fue espantoso. Pero logramos reunimos y reavivamos. Nosotros podemos resucitar después de la muerte, si no ha transcurrido mucho tiempo. Tenemos máquinas que restituyen nuestros miembros y vuelven a dar actividad a nuestras vísceras.

»Vea que somos de forma androide, parecidos a ustedes. Pero la naturaleza nos hizo de un tamaño microscópico. En nuestro medio pasaríamos inadvertidos eternamente, dentro del concierto astronómico de los mundos.

»Por favor, haga usted algo por nosotros... ¡Dios se lo premiará! ¡Y apártese inmediatamente de Roger Restany o será usted otra de sus víctimas!

Mario de Braque no contestó. Permaneció silencioso largo rato. Luego, sin despegar los labios, cerró la comunicación con aquel extraño individuo y volvió sobre sus pasos, regresando al ascensor y descendiendo hasta el lugar donde su antiguo amigo Roger le había instalado.

Ignoraba si había soñado o estaba despierto. En realidad, no pudo conciliar el sueño aquella noche. No había soñado. Estaba asombrado y confuso... ¿ Quién podía creer lo que él había oído?

Capítulo VI

EL FUROR DEL BRUJO

Los timbres ocultos detrás del cuadro abstracto revelaron a Mario muchos secretos para entrar y salir del lugar donde se encontraba recluido. Pulsándolos, encontró pasillos, ascensores, escaleras ocultas detrás de los muros, y así pudo llegar hasta el mismo laboratorio donde Roger Restany convertía en piedras preciosas los vulgares materiales que tenía en toda clase de recipientes.

Allí encontró muchos libros manuscritos, en los que Roger había anotado sus fórmulas. Supo, por tanto, que con polvo de cristal, alúmina y varias clases de óxidos, sometiéndolo todo a una singular coacción a distintas temperaturas, se podían obtener esmeraldas.

Leyó también la fórmula de los diamantes.

Mario no podía creer en todo lo que estaban viendo sus ojos y descubriendo su inteligencia. El misterioso origen de la fortuna de Roger Restany había quedado desvelado.

Su antiguo y desvalido compañero de estudios, por caprichos del azar, se apoderó de un pequeño mundo, a cuyos habitantes tenía prisioneros y de quienes había obtenido métodos extraordinarios para transformar la materia.

En su deambular por los pasadizos, Mario también descubrió unos extraños visores, mirando a través de los cuales pudo ver las distintas dependencias del castillo. Llegó a deducir, a consecuencia de aquello, que los adornos, máscaras exóticas, cuadros y demás objetos decorativos que había en las diferentes salas del extraordinario castillo servían para poder espiar a los criados, visitantes o cualquier persona

que pudiera llegar hasta allí.

También fue otra afortunada casualidad que encontrara puertas secretas que comunicaban con todas aquellas dependencias. Era evidente, pues, que quien conociera todos aquellos pasadizos, como le estaba ocurriendo a él, podía enterarse de cuanto acontecía en el castillo. Y no solo esto, sino que Mario halló hasta tres salidas secretas, en una de las cuales encontró una auténtica carretera subterránea y una especie de garaje, con varios vehículos tierra-aire-mar, «disco-jets» y un velocísimo reactor gravitatorio.

Después de su reconocimiento nocturno, Mario regresó a su alojamiento y se puso a reflexionar profundamente.

Se dijo que Roger Restany poseía un extraordinario poder, ofrecido por los minúsculos seres de Hipere, a los que retenía contra la voluntad de ellos, para su propio beneficio.

Esto era abominable. Aunque fuesen de otra raza, se trataba de seres inteligentes, con cultura, civilización y conocimientos extraordinarios de las ciencias, como se deducía de las palabras del mago Derke, quien había afirmado que ellos eran capaces de resucitar incluso a sus muertos.

Entonces, ¿qué era Roger Restany? ¿Un canalla?

Desde luego, Mario no tenía queja de él. Dadas las circunstancias en que se encontraba, por la muerte de Mr. Brians, su esposa y criados, Roger se había comportado como un verdadero amigo. No importaba ahora cómo hubiese hecho su fortuna y si le había mentido, a él y a Cecil, al relatar el origen de cuanto poseía. Era aquel un secreto obligado de guardar, por el que no podía culpar a Roger.

Sin embargo, Mario pensaba que la historia de Derke, de Hipere, podía ser una absurda patraña. No tenía prueba alguna de que se tratase de un ser infinitesimal, al que los circuitos electrónicos hacían aparecer de proporciones gigantescas.

Sin embargo, Mario sintió la imperiosa necesidad de hablar con su amigo. Y tenía que hacerlo cuanto antes, de lo contrario temía volverse loco. Le diría todo lo que había descubierto. Le pediría una explicación convincente y, después, decidiría. Si era preciso, rogaría a Roger que dejase en libertad a los «hipéreos».

Con este propósito, recurrió de nuevo a los timbres ocultos detrás del cuadro abstracto, para abrir las diferentes puertas que conducían a todos los rincones del castillo. Se proponía llegar hasta las

habitaciones de Roger y despertarle. Era preciso que hablase con él.

Además, tras consultar su reloj de pulsera, comprobó que ya estaba amaneciendo. Había pasado toda la noche enterándose de los secretos del castillo de Montreuil.

Mario no llegó a encontrar la alcoba de Roger.

Caminaba por un pasillo, cuando escuchó voces. Venían del otro lado del muro. Identificó perfectamente la voz de Roger... ¡Y se quedó helado al oír también la de Cecil!

Dedujo que se encontraba detrás del muro que daba al salón principal del castillo. Y también había allí un visor, instalado justamente encima de una de las máscaras preincaicas, cuyos ojos parecían estar cubiertos con rubíes o piedras rojas.

Sin embargo, Mario sabía que, mirando a través del visor, podía espiar todo lo que ocurría en el salón.

Y la sangre se le heló en las venas al mirar a través de aquel ingenioso objetivo y encontrarse a Roger Restany besando a su prometida.

Ella no tenía prenda alguna sobre su cuerpo y parecía como aturdida o hipnotizada.

Mario captó todo el horror de aquella nauseabunda escena y sintió agolpársele la sangre a la cabeza. Inmediatamente, perdió la noción de las cosas, enfurecido hasta la locura, y corrió hacia la puerta secreta que comunicaba con el salón.

La abrió y gritó:

— ¡Deja a Cecil, cobarde!

* * *

Mario no supo lo que ocurrió a continuación. Sólo vio volverse a Roger Restany, sorprendido. Le vio retirarse de la inmóvil Cecil, hacer desaparecer la mano derecha en el bolsillo de sus pantalones y extraer algo brillante que despidió un intenso fulgor.

Después, Mario creyó vagar por regiones de inconsciencia. Vio rostros desconocidos que le examinaban de cerca y hasta oyó voces

lejanas que pronunciaban palabras extrañas.

— Es una intensa depresión nerviosa, sin duda.

— ¿No es responsable de sus actos?

— Desde luego que no.

— Lo suponía.

— ¿Es que no me conoces, Mario? ¡Soy Cecil! ¡Escúchame, por el amor de Dios!

— Les aseguro a ustedes que ignoro cómo pudo entrar en el castillo. Pero no es difícil caminar desde la carretera. Debió estar escondido por estos lugares.

— Entiendo, señor conde. Dígame otra cosa. Él estuvo aquí ayer, con la señorita Loreau. ¿Puede usted decirme a qué vino?

Las voces se confundían en espacio y tiempo. Captó risas burlonas y soeces. Oyó gritar a alguien desgarradoramente. Aquellos alaridos penetraron profundamente en su cerebro.

Pero no fue capaz de comprender nada. No podía razonar. Él no era él. Parecía flotar sobre extrañas nubes, ver luces dentro y fuera de su mente. Y la palabra psicópata se transformó cuando alguien, no podía decir quién, le dijo:

— ¡Estás loco, amigo!

¡Loco, loco, loco!

Después vino aquel brutal estallido en su cerebro. Algo como si una bomba hubiese hecho explosión dentro de su mente, rasgándole todas las neuronas que formaban su cerebro.

Fue entonces cuando vio a los hombres vestidos de blanco que le rodeaban, mirándole con suma atención. Y vio con claridad los aparatos que rodeaban la sala.

Uno de aquellos hombres se acercó a él y le miró fijamente a los ojos.

— ¿ Cómo se encuentra, señor De Braque? — le preguntó.

— ¿Qué...? — empezó a balbucear—. ¿Qué me ha sucedido? ¿Dónde estoy?

— En una de las salas de Neuropsiquiatría del hospital de Saint Pierre, en París — dijo el hombre de la bata blanca, sonriendo.

— ¿Qué hago aquí?

— Le estamos tratando con un método nuevo. Y abrigamos la esperanza de haber logrado éxito. Dígame si recuerda algo.

— ¿Algo?

— Sí. ¿Sabe usted cómo se llama, por ejemplo?

— Yo... Sí... Soy Mario de Braque.

— Exactamente. ¿A qué se dedica?

— Soy profesor de Genética... Pero...

— Escuche, señor de Braque, no se alarme — continuó diciendo el psiquíatra que tenía delante—. Nosotros sólo queremos curarle de la terrible depresión sufrida. ¿Recuerda usted a su superior, en la Compañía «Monfort et Chemical»? ¿ Qué sabe de Mr. Brians?

— Sí... Recuerdo... ¡Me acusaron de haberle matado! — exclamó Mario, dándose cuenta por vez primera de que estaba sujeto a un sillón metálico, con abrazaderas de acero en los brazos, tórax, cuello y piernas, y que su cabeza estaba sujeta con un casco.

— ¿No le mató usted?

— ¡No, yo no le maté! ¡Les juro a ustedes que no le maté! ¡Suéltenme!

El psiquiatra se volvió a sus compañeros y les hizo una seña. Uno de ellos accionó una palanca y Mario sintió inmediatamente que el sopor le invadía.

Cuando recobró de nuevo el sentido, se encontró tendido en una cama, dentro de una habitación de paredes elásticas. A su lado, sentado en una silla, fumando y observándole, había un hombre de mediana edad, rubio y con gafas.

Aquel sujeto, al verle parpadear, se envaró en su asiento.

— Profesor De Braque, ¿cómo se siente?

— ¿Quién es usted?

— Puede considerarme como uno de los pocos amigos que tiene

usted en este mundo, profesor De Braque. Mi nombre es Paul Jason, y soy investigador privado.

— ¿Está usted investigando algo aquí?

Jason esbozó una sonrisa.

— Me alegro de encontrarle mejorado, profesor de Braque. Resulta que tengo amigos en este hospital. El doctor Lavain me avisó ayer de su notable mejoría.

Vine inmediatamente, pero no se había usted repuesto aún. Me fui y he regresado hoy.

»La señora Restany, antes de partir, me encargó con mucho interés que me ocupase de usted.

Mario sintió un estremecimiento. Habían desaparecido las nubes extrañas de su mente. Se sentía sosegado y tranquilo, aunque habían muchas lagunas en su mente que trataba de recordar.

— ¿La señora Restany? — preguntó—. ¿Quién es?

— Bueno. Tal vez usted ignore que lleva aquí tres meses y que, en ese tiempo, el mundo ha continuado dando vueltas — habló Jason, con cierta ironía—. También puede que no recuerde lo que sucedió una noche, en Maison-Laffite, entre usted y Mr. Brians.

Mario recordó vagamente.

— Sí, déjeme recordar…

Casi de golpe, la memoria acudió a su mente. ¡Volvió a ver la terrible e increíble escena, protagonizada por Roger Restany y Cecil Loreau!

Y ella estaba en sus brazos…

Pero recordó también al hombre de la pantalla de circuito cerrado… Derke, el mago de los «hipéreos», el mundo robado por Roger Restany… Y las fórmulas escritas en los viejos libros de alquimia…

— ¡Yo no maté a Mr. Brians! — exclamó Mario.

— ¿Está usted seguro, profesor De Braque?

— Tan seguro como le estoy viendo a usted.

— Puede que no me esté usted viendo. A veces la razón engaña.

— ¡Le estoy viendo! ¡Ha dicho usted que se llama Paul Jason!

— Sí, sí... Tranquilícese usted. Yo no dudo que usted me vea, sino que sea inocente de cuatro asesinatos.

Mario trató de incorporarse. Le fallaron las fuerzas y cayó exhausto sobre el lecho, jadeando.

— No sé lo que ha ocurrido, señor Jason. Pero voy a decirle la verdad. Estuve en casa de Mr. Brians. Aquel día habíamos tenido una violenta discusión y yo estaba muy excitado. Salí a dar un paseo en coche y regresé después de media noche. No había hecho más que entrar cuando sonó el timbre del videófono.

»Lo conecté y vi a Mr. Brians en la pantalla. Me dijo que debía ir a su casa, a Maison-Laffite, pues quería hablar conmigo.

— Siento contradecirle, profesor De Braque. Eso que me cuenta no es cierto. Mr. Brians no le llamó a usted aquella noche. La policía y mis hombres lo han comprobado perfectamente. Mr. Brians no le llamó a usted.

— ¡Le digo que me llamó!

— En el control de enlaces se registran todas las llamadas que se efectúan en París todos los días. Y el día y a la hora que usted dice, Mr. Brians no le llamó.

Mario miró a Jason consternado. Luego, musitó:

— No lo entiendo... Sonó el timbre, conecté el aparato y vi a Mr. Brians... ¿No pudo llamarme desde afuera de París?

— No lo creo. Él estaba en su casa aquella noche. Se lo encontraron muerto de madrugada, junto con su esposa y sus criados. Pero puede admitirse que le llamasen desde otro lugar. ¿Está usted seguro que era Mr. Brians?

— Sí... Segurísimo.

— Lástima que su videófono no tenga un grabador magnético incorporado. En la central no se registran los números...

— ¡Es que mi grabador existe y estaba funcionando! — exclamó Mario, de pronto—. Precisamente, antes de salir para Montreuil, por la mañana, lo conecté, por si había alguna llamada importante. Y ya no

lo desconecté, porque la llamada de Mr. Brian se produjo nada más regresar yo.

Paul Jason se puso en pie y se dirigió a la puerta.

— Voy a comprobar eso. Llamaré al jefe Chevreux. Creo que ese dato es importantísimo. Ahora, descanse. Seguiremos hablando más tarde... Y me alegro que se haya recobrado usted... tan bien.

* * *

Al día siguiente, Paul Jason no acudió solo. El jefe de policía Chevreux le acompañaba. Ambos entraron en la salita donde estaba Mario, y donde poco antes había estado hablando con el doctor Lavain, psiquiatra de gran renombre en París.

— ¿Cómo se encuentra, señor De Braque? — preguntó Chevreux.

— Bien.

— Soy el jefe Chevreux. Paul me llamó ayer y fuimos a su vivienda. Revisamos su grabadora magnética y, efectivamente, allí aparece la llamada de Míster Brians.

Paul Jason se había sentado al borde del lecho, dejando la única silla para el jefe de policía.

— No le mentí, pues — dijo Mario.

— En efecto. No me mintió usted, ni tampoco la señora Restany. Y eso prueba una cosa, que fue usted a casa de Mr. Brians, aunque él no le llamó desde su videófono... ¡porque debió llamarle desde otra parte!

— Despacio, jefe — atajó Jason—. Ya hemos discutido eso antes. Mario de Braque no niega que estuviese en Maison-Laffite. Fue, llamado por Mr. Brians, y se encontró una carnicería. ¿ No es así, señor De Braque?

— Así mismo, señor Jason.

— ¿Qué hizo usted? — preguntó Chevreux.

— Salí horrorizado de allí.

— ¿Y por qué no nos llamó usted?

— Tuve la angustiosa sensación de que iba a ser culpado de aquello.

— ¿Si era inocente, por qué habíamos de culparle?

— No lo sé... Tal vez porque había discutido aquella tarde con Mr. Brians.

— Su comportamiento fue el de un verdadero culpable— acusó Chevreux.

— ¡No, le aseguro que tuve miedo! Y más me asusté cuando vi llegar a la policía a mi casa, horas después. Creo que perdí la cabeza y hui. Al amanecer llamé a Cecil, pero me dijo que llamaban a la puerta y supusimos que era la policía. Prometí llamarla después y escapé, saliendo de la ciudad.

— ¿Se dirigió usted al castillo de Montreuil directamente?— preguntó Chevreux.

— Sí... Bueno, utilicé varios medios de locomoción. Había tomado algún dinero y se me ocurrió que mi antiguo amigo... ¡El muy degenerado y canallesco conde de Montreuil!... podía ayudarme.

— ¿Degenerado y canalla? — repitió Jason, sorprendido.

— Sí.

— ¿ Porque no le protegió a usted, como quería?

— Hablemos de él. Es mucho más importante que Mr. Brians — dijo Mario, firmemente—. He sabido por el doctor Lavain que me encontraron dormido y desquiciado, cerca del castillo de Montreuil. Fue la policía allí, siguiendo a Cecil Loreau, y dieron conmigo. ¿No fue así?

— Poco más o menos — dijo Chevreux.

— Ahora, aprovechando que está usted aquí, jefe Chevreux, quiero que tome nota de lo que voy a decirle. Sé que Roger Restany se ha casado con mi prometida. Nadie creía que yo pudiera recobrar la razón.

»¡Pues deseo denunciar a Roger Restany como el causante de mi locura! Yo le sorprendí, a él y Cecil, en vergonzosas circunstancias, dentro del salón. Fue Roger Restany, que me había dado asilo en el

castillo, quien empleó su brujería contra mí, privándome de la razón.

»Pero voy a decirles algo más sorprendente e increíble. Roger Restany tiene en su poder algo estremecedor y de lo que ha obtenido todas sus riquezas y esotéricos conocimientos de magia... ¡Roger tiene un mundo en miniatura, con una civilización compuesta de ochenta millones de seres, escondida en alguna parte de su maldito castillo!

»¿ Me han oído bien? ¡Un planeta habitado, no mayor que un guijarro, que alguien trajo del anillo de Saturno! Aquellos infelices pidieron a Roger que les devolviera la libertad, a cambio de lo que le ofrecieron cuanto tiene, haciéndole archimillonario.

— ¿Y dice el doctor Lavain que no está loco? — exclamó el jefe Chevreux, con gesto fastidiado.

Capítulo VII

«LA LAGRIMA ROSADA DE SATANÁS»

Cecil Restany, nacida Loreau, estaba sentada en una butaca. Tenía un cigarrillo en la mano, que se consumía lentamente, sin ser fumado, y parecía escuchar con atención al detective.

— ¡Jamás he escuchado historia más extraña en toda mi vida, señora condesa! — exclamó Paul Jason.

— Sí... Muy extraña — murmuró Cecil, con expresión ausente.

— El doctor Lavain también está desconcertado. Creía haber logrado la recuperación del paciente. Ahora, lo duda, como yo y el jefe Chevreux.

Cecil no respondió. Continuó con la mirada perdida en el vacío, con aquella expresión de ausencia que adoptaba siempre que Paul Jason iba a visitarla.

— ¿Cree usted que debemos decir a su marido lo que Mario de Braque opina de él? — preguntó Jason, muy sutil.

— No sé qué decirle, señor Jason — contestó Cecil—. Mi esposo aprecia mucho a Mario. Ya lo sabe usted. Fueron compañeros de estudios. Y me consta que Roger haría cualquier cosa por él.

— ¿Incluso ponerse fuera de la ley, por ayudarle? — insistió Jason.

— De haber sido posible, supongo que lo habría hecho — contestó Cecil secamente.

Hubo una tensa pausa entre ambos, durante la cual Jason se entretuvo mirando a su alrededor y admirando la fastuosa decoración del salón. Esperaba que su anfitriona dijese algo más, pero ella parecía haber terminado la conversación y continuaba envarada en su asiento, en posición incómoda.

Jason era muy observador y psicólogo. No le pasaba por alto ni un detalle, por insignificante que fuese. Sabía que Cecil estaba sufriendo una tortura indecible por todo lo ocurrido, incluso por sí misma.

Ella había sido secretaria, ayudante y prometida del hombre que se encontraba internado en el Hospital de San Pierre, de París. Sin embargo, se había desposado con el conde de Montreuil. Y la verdad que, conociendo la condición humana, Paul Jason no veía en ello nada extraño.

Roger Restany era inmensamente rico. Jason se había cuidado de averiguarlo. El origen de la fortuna del conde estaba en Perú. No había nada raro en ello. La sociedad explotadora de las minas de Juliaca casi le pertenecía por completo. Y de allí se exportaba oro, plata y piedras preciosas a todos los países del mundo.

¿Qué de extraño tenía que, aprovechando la acusación de asesinato que pesaba sobre Mario de Braque, ella se hubiese casado con el antiguo amigo de su novio?

Cecil se casó al mes de estar Mario de Braque en manos de los siquiatras. Las noticias habían invadido todos los medios informativos, pues Mario de Braque era mundialmente famoso, y la muerte que todos le atribuían, de Mr. Brians, también causó impacto.

En cambio, Roger Restany se casó con Cecil Loreau sin sensacionalismo. En realidad, el conde de Montreuil parecía huir de la publicidad. Y sólo se enteraron muy pocas personas.

Paul Jason fue uno de los pocos. Y no se sorprendió lo más mínimo. Sin embargo, ahora, a raíz de la extraña declaración de Mario de Braque, deseaba hacer unas preguntas a Cecil, y no quería, en modo alguno, herir su sensibilidad.

— Dígame, señora condesa, ¿amaba usted a Mario de Braque?

Cecil pareció sufrir la primera alteración psíquica de la entrevista. Parpadeó, se agitó y luego musitó:

— Sí. Yo amaba a Mario.

— Sin embargo, ¿ por qué se casó con el conde de Montreuil?

Cecil suspiró profundamente.

— Después de lo que ha dicho Mario, creo mi deber explicárselo todo, señor Jason. Usted debía conocer esa respuesta.

— Creo conocerla. Pero no estoy seguro. Me resisto a creer que sea usted de las mujeres que se casan por el interés...

Cecil trató de sonreír, sin conseguirlo.

— Roger me hizo comprender la verdadera situación. Mario estaba trastornado. Sólo así pudo haber matado a Mr. Brians. Por otra parte, si no lo estaba, sería juzgado y condenado. En realidad, de un modo u otro, Mario ya no podría casarse conmigo.

— Pero usted tenía fe en su inocencia.

—La tuve hasta que lo prendieron. Yo estaba aquí. Vi en qué estado se encontraba y...

— Entiendo. Sin embargo — Paul Jason decidió presionar aún más—, Mario dice que estaba oculto detrás de uno de esos muros y la sorprendió en brazos del que hoy es su esposo.

— Mario miente — dijo Cecil, sin entonación en la voz.

— Y dice que descubrió muchos secretos de este castillo. Algunos son difíciles de creer. Pero otros... Bueno, yo no tendría inconveniente en investigarlos.

— Usted no puede investigar nada en este castillo, señor Jason— replicó Cecil gravemente—. Si mi esposo ha tenido el capricho de hacer construir algún pasadizo secreto, está en su casa y es libre de hacerlo. Eso no es delito.

— No. Desde luego. Pero él estaba por estos alrededores. Pudo encontrar algún modo de entrar y sorprender a la que era su prometida en brazos de otro hombre...

— ¡Basta, señor Jason! Le contraté para probar la inocencia de Mario... ¡No para acusarme a mí de infidelidad!

— Lo siento. Perdone. Una investigación lleva, a veces, a lugares que no nos placen. De todas formas, han surgido hechos muy contradictorios y extraños en el caso. No le he dicho, por ejemplo, que, efectivamente, Mr. Brians llamó a Mario la noche en que le

mataron. Y eso es muy raro por varias razones. Una de ellas es que Mr. Brians no llamó a Mario de Braque desde su domicilio. Y encuentro rarísimo que poseyendo un videófono en su palacete, saliera a la calle a llamar desde un videófono público.

»Luego están los detalles de los guantes que empleó el asesino. Eran excesivamente grandes para Mario de Braque. Los encontró la policía tirados en el jardín. Pero los testigos que vieron salir a Mario no captaron en él ningún gesto que les indujese a creer que se quitó los guantes y los arrojó. Le vieron salir por la puerta principal y correr hacia su coche. ¡Y los guantes fueron hallados en otro lugar!

— ¿ Quiere usted insinuar ahora que fue mi esposo el que mató a Mr. Brians? — preguntó Cecil, adoptando de nuevo su actitud envarada y rígida.

— ¡Por Dios, no! Sólo insinúo que Mario puede estar diciendo la verdad.

— ¿La verdad, con esa serie de increíbles locuras?

— No se las he contado todas, señora condesa. Según Mario de Braque, su esposo tiene secuestrado un pequeño mundo, poblado por minúsculos seres, muy inteligentes, de quienes ha aprendido ciencias ocultas.

— ¡Por el amor de Dios, señor Jason — exclamó Cecil, poniéndose en pie—; esto ya es demasiado! Será mejor que demos por terminada esta entrevista.

Paul Jason también se levantó, diciendo:

— No puedo creer tal cosa. Soy demasiado positivista. Creo que, a consecuencias del choque psíquico sufrido por Mario de Braque, en su mente se confunden las ideas. El doctor Lavain cree que el subconsciente y el consciente se han debido mezclar. Sueños y pesadillas extrañas se han amalgamado con experiencias reales.

»Los psiquiatras habrán de trabajar duramente para poder devolverle el normal raciocinio. En todo caso, se le juzgará y será declarado irresponsable.

«Pero yo insisto en creer que debe haber alguna verdad en sus palabras.

— Por lo que a mí concierne — dijo Cecil, secamente—. La investigación que le encargué ha terminado. Páseme usted la cuenta y se la abonaré.

— De acuerdo, señora condesa — Paul Jason esperaba aquello y no se inmutó—. Haré lo que usted indica. Le pasaré la cuenta y una copia de todos los informes obtenidos hasta la fecha. Debo advertirle que en investigaciones de este tipo, donde hay crimen y delito, la ley nos obliga a informar también a la policía.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Sencillamente. En nuestro expediente del caso, hay detalles que la policía ignora. Ahora, al cerrar el sumario, el jefe Chevreux sabrá, por ejemplo, que la llamada recibida por Mario de Braque y hecha por Mr. Brians, ¡se efectuó desde este mismo castillo, la noche del crimen!

»Y, lo increíble es que Mr. Brians pudiera hallarse aquí a esa hora y minutos después se encontrase en su domicilio de Maison-Laffite, donde halló la muerte.

Cecil no respondió.

En vista del silencio de su anfitriona, Paul Jason dio media vuelta y se dirigió a la salida. No llegó, empero, a tomar el picaporte. La puerta se abrió ante él y apareció Roger Restany, que vestía enteramente de negro.

* * *

— ¿Quieres hacer el favor de dejarnos, querida? — fue lo primero que dijo Roger.

Cecil salió sin despegar los labios, mientras Jason se preparaba para un encuentro interesante y transcendente.

— Siéntese, señor Jason.

— Me dijeron que había salido usted — dijo Jason.

— No. Estaba detrás de ese muro, escuchando.

— ¡Ah!

— No finja conmigo, señor Jason — habló Roger—. Ha dicho usted cosas inquietantes. Supongo que Mario de Braque le habrá preparado bien y usted ha venido a ver lo que hay de verdad o de falso en lo que el otro le ha dicho.

— Si estaba usted escuchando detrás de esas paredes, ¿qué hay de extraño en que Mario también lo pudiera hacer, dado que llevaba aquí, protegido por usted, bastantes horas, hasta que fue detenido?

Roger Restany no respondió, sino que hizo una pregunta:

— ¿Cómo supo usted que Mr. Brians llamó desde aquí, la noche que le mataron?

— Da la casualidad de que Mario de Braque posee un grabador magnético automático en su videófono, que conectó por la mañana, al salir de viaje, y no desconectó al regresar, de madrugada. Hemos comprobado que se le llamó. La policía lo sabe, y se está rompiendo la cabeza en ello. Nosotros, sin embargo, hemos podido comprobar que la llamada fue exterior y... ¡procedía de este castillo!

Roger Restany permaneció unos segundos pensativo, mirando al detective, y luego dijo:

— Está bien, señor Jason. Voy a confesarle algo. Fui yo mismo quien llamó por videófono a Mario.

— ¿Y se disfrazó de Mr. Brians?

— Algo así, aunque no fue exactamente un disfraz, sino una caracterización metafísica. No le voy a dar razones para explicar mi conducta. Son innecesarias. Me voy a limitar a enseñarle a usted dos objetos y a explicarle su significado. Por favor, aguarde un instante.

Como hiciera cuando Cecil y Mario de Braque fueron a visitarle por vez primera, Roger Restany fue hasta la chimenea, presionó una moldura e hizo salir del suelo una caja acorazada, que abrió. De su interior sacó el estuche que contenía la enorme piedra preciosa rosada, y un objeto parecido a una delgada lámpara eléctrica.

Con ambas cosas en la mano, regresó a donde estaba sentado Jason.

— Vea usted esto, señor Jason. Esta lámpara produce destellos extraordinarios. Al penetrar en los ojos de una persona ocasionan tal destrozo neurosíquico en la mente que resulta difícil recobrar la lucidez antes de pasados diez años. Los efectos prolongados de tales destellos pueden, también, provocar la muerte.

»En esta otra caja hay algo de inestimable valor. Es una piedra única en su género. Véala — Roger abrió el estuche y mostró a Jason «La lágrima rosada de Satanás» —. Por esto se puede pedir lo que se quiera... Mil, diez mil o cien mil millones de francos. Poseerla sólo

convierte a su dueño en el hombre más rico del mundo.

Paul Jason, sin alterar ni una facción de su rostro, dijo:

— ¿Trata usted de comprarme, señor conde?

— Le doy a elegir entre la riqueza y la locura.

— Elijo la primera. Es una piedra increíblemente maravillosa.

— Perfectamente. No pensaba desprenderme de ella jamás. Pero las circunstancias lo exigen.

— ¿No sería más barato utilizar la lámpara conmigo, como hizo con Mario de Braque?

— Escúcheme, señor Jason. En el trato incluyo su absoluto silencio. Es mi única condición.

— Pienso que estoy haciendo un pobre negocio. Usted posee medios para crear piedras como ésta a voluntad.

— Es evidente que habré de utilizar la lámpara — dijo Roger.

— No. Hablemos claro, señor conde — dijo Paul Jason—. Eso ya lo ha pensado usted. Sabe perfectamente que no daría resultado conmigo. Una vez, está bien. Pero si desaparezco o me encuentran loco como Mario de Braque, el jefe de policía Chevreux, por ejemplo, se hará preguntas.

»El aislamiento en que ha vivido usted todo este tiempo se perderá para siempre. Y, tarde o temprano, hallarán todo lo que usted posee aquí. Un hombre que tiene muchas sospechas de usted es el lapidario Dom Choisy, con el que hablé hace un mes. Creo que es pura envidia, y le aconsejo que sea cauteloso con él. Si no le envía más piedras para pulir, se enfadará y hará comentarios, y si le envía, sus sospechas se harán más grandes.

«Conmigo y con la policía no se puede jugar tontamente. Vamos hasta el fondo de la cuestión.

— No quiero ser víctima de un chantaje continuado, señor Jason — replicó Roger secamente —. Pagaré una sola vez. Después... ¡mataré!

— ¿Como hizo con Mr. Brians?

— Dejemos eso.

— Usted había hablado con él, antes de que Mario de Braque fuese enviado aquí, ¿verdad?

— Sí. Pero insisto: no hablemos de eso. ¿Quiere usted la piedra o prefiere ver el destello de luz de la lámpara?

Jason no perdía su aplomo.

— Sea usted comprensivo, señor conde. De sobra sabe que me quedaré con la piedra. Es demasiado bella para rechazarla. Por otra parte no me seduce caer en la oscuridad y la locura.

«Además, deseo colaborar con usted. Quiero que comprenda que el soborno no lo soluciona todo. Yo puedo cerrar las bocas de mis agentes, diciéndoles que se ha terminado el caso. Pero la policía tiene dudas.

— ¿Qué dudas?

— No me las han comunicado.

— Presencié la entrevista que tuvieron ustedes con Mario, en el hospital.

— ¿Estuvo usted allí?

— No. Pero vi y oí todo lo que hablaron. Y me consta que el jefe Chevreux no cree en la cordura de Mario.

— ¡Allí no había nadie más que nosotros tres!

— ¿Quiere que se lo demuestre?

— Me gustaría mucho.

— Poseo una pantalla, sincronizada por ondas ultrasensibles, que me permite llegar hasta todas partes, ver y oír, sin necesidad de instalar allá una cámara tomavistas.

— ¡Increíble invento! —exclamó Jason.

— ¡Sería usted el detective más famoso del mundo si poseyera algo así! — advirtió Roger.

— Sin duda alguna. ¿Por qué no me ofrece ese aparato, en vez de esta hermosa piedra?

Roger Restany sonrió.

— Puedo permitirle entrar y formar parte de mi equipo. La

verdad es que necesito hombres inteligentes, señor Jason. A cambio del extraordinario poder que puedo proporcionarle, sólo voy a exigirle obediencia absoluta.

— ¿Y acatar en silencio sus inmoralidades?

— No soy inmoral, sino amoral, Jason.

— Mario de Braque dice que todos sus conocimientos proceden de una raza que tiene usted secuestrada.

— ¿Y ha creído usted eso?

— Empiezo a creerlo. También sospecho que se ha casado con Cecil en condiciones que no podemos llamar normales.

Roger Restany no había soltado en todo el tiempo la extraña lámpara. Ahora, apuntó con ella al rostro de Jason.

— Volverá usted al hospital de San Fierre y hará que Mario de Braque pierda definitivamente la razón. Luego, tendrá usted acceso a mi pantalla mágica.

— No se esfuerce en tratar de hipnotizarme, señor conde de Montreuil — dijo Jason—. Sé que intenta hacerlo. Siento una revulsión enorme en mi mente. Soy inmune a la hipnosis.

— Es usted difícil de tratar. Y peligroso, sin duda. No me deja más opción que la violencia.

— No lo haga. Le repito que como aliado puedo serle útil. Muerto o desaparecido, seré un engorro para usted. O jugamos limpio y hacemos las cosas bien, o mucho me temo que su juego no termine bien.

— Ponga sus cartas boca arriba y déjese de reticencias— habló Roger.

— Eso es más sensato. Y creo que Mario de Braque me importa poco. Es sólo mi mejor baza. Veamos. Usted lo tiene todo, lo puede todo y no necesita a nadie. Sin embargo, no confía en sí mismo y me necesita.

— Sí, poco más o menos.

— Yo no sirvo para criado de nadie, ¿me comprende? Socio, amigo o camarada queda mejor. Yo me hago cómplice de usted y usted se hace cómplice mío. El miedo guarda la viña.

— Eso es un sofismo. Tarde o temprano, la amistad social se rompería.

— Sospecho que no será por falta de dinero — dijo Jason, sonriendo y señalando la piedra rosada—. Y por ambición de poder... Tampoco. A ambos nos conviene pasar inadvertidos, no llamar la atención... ¿Y si nos trasladamos ambos a otro país?

— Es usted muy inteligente, Paul Jason. Nos entenderemos...

Capítulo VIII

LECCIÓN DE MICROMAGIA

— ¡Ah, no, no! —exclamó el agente Tissac, saliendo de entre los vehículos aparcados junto al hospital San Pierre—. Usted no puede irse así, señor De Braque.

Mario, sorprendido «in fraganti» en su huida, quedó confuso y aturdido.

— ¿Quién es usted? — preguntó.

— Inspector Guy Tissac, de la policía del estado — dijo el otro, mostrando su credencial—. Visto de paisano para no llamar la atención. Lo siento. Debe usted devolver esas ropas y regresar a su alojamiento. ¿ Cómo se las ha arreglado para salir de allí?

— No puedo decirlo. Me ha ayudado alguien — replicó Mario con abatimiento.

— Se supone que está usted chiflado — dijo Tissac—. De no ser así estaría en la prisión del estado. ¿ Dónde iba?

— Ya no importa.

— No, por favor. Dígalo. No se comporta usted como un loco corriente.

Mario se aferró súbitamente a la oportunidad que le brindaba el agente Tissac.

— Escuche. Necesito demostrar que no soy un asesino, sino la víctima de una conspiración. Y usted puede ayudarme... ¡Tiene usted

que acompañarme!

— ¿A dónde?

— Al castillo de Montreuil.

— ¡Hum! ¿Qué espera encontrar allí?

— ¡Algo extraordinario e increíble, inspector Tissac! ¡Aquí no hago más que perder el tiempo, pero yo conozco todos los secretos del castillo!

— Desde luego, para afirmar los psiquíatras que está usted loco, se comporta de un modo raro. Primero, ha convencido a alguien para que le facilite ropas; ha escapado y ahora esgrime argumentos persuasivos para que le acompañe a Montreuil.

«Dígame una sola razón convincente para hacerlo y le juro que voy con usted.

— Mi razón es Cecil Loreau.

— La actual condesa de Montreuil. Sé que fue prometida de usted.

— Exactamente. Y se ha casado con Roger contra su voluntad.

— Nadie se casa contra su voluntad en los tiempos que corremos, señor de Braque.

— ¡Ella sí! ¡Sé que Roger Restany la sugestionó! ¡Sé que me dirigió una extraña luz y me enloqueció! ¡Sé que su castillo es un antro de brujería, lleno de trampas, y que hay cosas allí que ni un loco puede creer!

— ¡Hum, los locos nada pueden creer!

— No haga usted frases, inspector Tissac. Le estoy hablando en serio. Venga conmigo y vea lo mismo que yo vi. Después coincidirá conmigo.

— No me ha dado usted ninguna razón convincente, pero empieza a tentarme.

— No puede perder nada, excepto el tiempo.

— Esa es una buena razón — confesó Guy Tissac—. Y la verdad es que la muerte de Mr. Brians nos ha hecho perder mucho tiempo, sin haber conseguido más que un presunto culpable.

— Si me acompaña usted a Montreuil, yo le demostraré que no maté a Mr. Brians.

— ¿Y si no me lo demuestra?

— Entonces... ¡le firmaré una declaración de que lo hice yo!

— Trato hecho. Vamos a perder el tiempo en Montreuil. Le acompaño. ¿Qué vehículo pensaba tomar?

— Iba a apoderarme del primero que tuviese ocasión.

— Le evitaré un delito. Cerca de aquí tengo un «Repulse». Le llevaré en él.

Pocos minutos después, en el coche de Tissac, se alejaban de las inmediaciones del hospital. Mario no se dio cuenta de que su acompañante conectaba un aparato de radio, cuyo micro estaba situado sobre el tablero.

Luego, Guy Tissac se cuidó muy bien de indicar su itinerario, para que el Control de Policía supiera cuál era su ruta.

— ¿ Cuál es el camino más corto para ir al castillo de Montreuil, señor de Braque?

— Hay que ir a Le Touquet-París-Plage. Con este vehículo podemos recorrer el trayecto en tres horas. Pero me gustaría llegar a las inmediaciones del castillo cuando haya anochecido.

— ¿Por qué?

— Hemos de entrar en él sin ser vistos. Hay vigilancia en la puerta.

— ¿Sabe usted algún otro medio para entrar?

— Sí. Una salida secreta que da a un camino vecinal, situado a dos kilómetros del castillo. Sé que Roger Restany la utiliza para entrar y salir del castillo sin ser visto.

— Perfectamente. Si nos sorprenden, pueden disparar y decir luego que nos confundieron con ladrones.

— Es posible. Pero tomaremos precauciones. No se preocupe.

— Y una vez allí, ¿ qué haremos?

— Hablar con Cecil.

— ¿Cómo sabe usted que se encuentra en el castillo y no en viaje de novios?

— Me lo dijo ayer Paul Jason.

— Ah, entiendo. Jason está metido en esto. Y debe procurar no pasarse de listo, de lo contrario se verá en apuros. En el departamento no nos gusta que los detectives privados se metan en casos de asesinato.

— Jason fue contratado por Cecil para demostrar mi inocencia.

— Lo sabemos — dijo Tissac, mientras conducía el automóvil con destreza, por la autopista rápida del norte—. Lo que no sabemos muy bien es quién es el conde de Montreuil. Usted y él fueron amigos en sus tiempos de estudiantes, ¿verdad?

— Sí. Roger era alumno de Ciencias Físicas. Procedía de familia humilde y sus padres habían muerto. Disfrutaba de una beca del municipio de su pueblo. No recuerdo de dónde procedía.

«Entonces era un ser normal, sin dinero, como cualquiera de nosotros. Yo tuve que prestarle mil francos, al poco de terminar la carrera, para irse a Sud-América.

«Volvió de allí cargado de dinero. Me devolvió los mil francos y nos hemos visto algunas veces. Luego, se casó con Carla de Montreuil de la que se quedó viudo a los pocos años de contraer matrimonio.

«Pero ya era millonario. Yo sé cuál es el origen de su fortuna. Incluso se lo expliqué al jefe Chevreux y a Paul Jason, y no quisieron creerme.

— Tengo entendido que contó usted una gran sarta de disparates — dijo Tissac, sonriendo.

— Tal vez. Ahora tendrá ocasión usted, si tenemos suerte, de comprobar por sus propios ojos lo que yo dije.

— No espero encontrar más que una declaración jurada y firmada por usted — confesó Guy Tissac—. Ese es el trato.

Mario de Braque apretó los labios y guardó un hosco silencio, que el otro supo respetar, a la vez que cerraba el radiotransmisor, convencido de que en el Control de Policía todas sus palabras habían quedado fielmente registradas. El jefe Chevreux sabría cómo actuar en aquellas circunstancias.

* * *

Tissac detuvo el vehículo entre los árboles, en el lugar donde le indicó Mario, que había estado examinando atentamente el paraje, hasta convencerse de que estaban en el buen camino.

Luego, ambos saltaron a tierra.

— Deme su linterna — pidió Mario—. Yo iré delante.

Tissac dio su lámpara de bolsillo a Mario y él se quedó con otra, además de la pistola electrónica, que sacó de la funda y que ahora llevaba en la mano derecha.

Mario avanzó por el sendero hasta detenerse ante dos árboles, que se alzaban ante un muro cubierto de vegetación.

— ¿Qué ve usted en estas plantas, inspector? — preguntó Mario.

— Pues... nada. ¿Qué debo ver?

— Si fuese de día se daría cuenta de la ligera diferencia que hay con las demás del contorno. Éstas son artificiales.

—¿Eh?

— Sí. Y desde el interior se hace funcionar un conmutador que abre una puerta, descorriéndose todo esto. Para entrar hay que encontrar el resorte que debe estar entre los arbustos, en el suelo, entre esas piedras o en alguna parte. Ayúdeme a buscarlo.

— Yo creí que usted sabía cómo abrir la puerta secreta.

— Por dentro, sí. Y la abrí. Luego, la volví a cerrar. Si se emplea para salir, también debe utilizarse para entrar.

— Parece lógico.

Fue Mario quien observó una piedra de forma irregular, situada al borde del camino, hacia la que se dirigían las huellas de los neumáticos. Pero cuando la empujó no se produjo ningún cambio en el decorado artificial.

— ¿Quiere ayudarme, Tissac? Puede que entre los dos ejerzamos la presión que ejerce un coche.

Efectivamente, presionaron con fuerza ambos sobre la piedra, y pronto se oyó un leve zumbido, girando sobre sí los dos troncos de árbol y ladeándose la «frondosidad» del muro de vegetación artificial, para dejar paso a la rampa que conducía al interior de un túnel.

— ¡Vaya, tenía usted razón! — exclamó Tissac, alumbrando con su linterna hacia el agujero, capaz de permitir el paso de un camión de varias toneladas.

— Entremos… Ahí está el control de cierre — dijo Mario, señalando un conmutador junto al muro. Presionó en él y la trampa volvió a cerrarse lentamente—. No tenga miedo. Esto conduce a una serie de galerías que llevan hasta el castillo de Montreuil.

Tissac ya no respondió y, durante más de diez minutos, caminó junto a Mario, contemplando y admirando la magnífica instalación subterránea, así como el garaje secreto y los vehículos que allí había ocultos.

Al fin, al atravesar una verja empotrada en el muro, y que Mario abrió pulsando un resorte, el joven dijo:

— Ya estamos debajo del castillo. Ahora hemos de movernos con sigilo.

— ¿Cómo descubrió usted estos secretos?

— Pasé bastantes horas recorriéndolos. Observé que toda la instalación obedece a un plan previamente estudiado y, una vez descifrado, se encuentran las llaves de contacto. Quedó muy grabado en mi mente para que pudiera olvidarlo.

— Pero usted ha sufrido un «shock» neuropsíquico…

— Del cual ya estoy afortunadamente repuesto. Vamos.

Continuaron avanzando hasta llegar al hueco de un ascensor. Allí, Mario musitó:

— Esto conduce a la planta baja del castillo. Iremos por un pasadizo donde verá usted los departamentos interiores. Si hay alguien en ellos, podremos escuchar y ver sin ser descubiertos.

— ¿Qué se propone usted, Mario?

— Llegar hasta una estación electrónica, donde vi a un ser extraño en una pantalla. Deseo hablar con aquel individuo.

Utilizaron el ascensor y salieron a la galería que rodeaba las dependencias del castillo. A través de uno de los visores, pudieron ver a Denis, el mayordomo, apagando las luces del comedor y de la biblioteca, para retirarse a descansar.

Guy Tissac no hizo comentario alguno a lo que vio y siguió a su guía por aquel laberinto. Sólo una vez se desorientó Mario, teniendo que retroceder hasta hallar otro ascensor que les llevó a la entrada de la «suite» donde él se había alojado cuando estuvo en el castillo.

Allí se orientó perfectamente y llevó a Tissac hasta el laboratorio, donde estuvieron a punto de ser descubiertos, ¡porque Roger Restany y Paul Jason se encontraban allí!

Por suerte, Mario actuó con celeridad y, como el ascensor era sumamente silencioso, retrocedieron y bajaron rápidamente a la «suite».

Allí, Mario llevó a Tissac hasta el laboratorio de alquimia.

— ¡Paul Jason estaba con él! —exclamó Mario.

— ¿Qué hacían?

— Hablaban con Derke, a través de la pantalla ultrainfinitesimal. ¡Es raro!

— Si Jason está con Roger Restany, no deben estar haciendo nada prohibido — argumentó Tissac.

— ¡Todo cuanto hay en esta zona del castillo que estamos visitando está alejado de la servidumbre y de las visitas! A menos que... ¡Claro! ¡Jason ha podido ponerse de acuerdo con Roger!

— ¿Para qué?

— ¡Es evidente! Jason ha descubierto algo contra Roger. Ahora deben tramar algo contra mí.

— ¿ Dónde estamos?

— Aquí es donde Restany realiza sus trabajos de alquimia. Todos esos frascos contienen materiales vulgares. Él los mezcla y los convierte en piedras preciosas. Esos libros contienen las fórmulas.

Tissac examinó los libros y leyó algunas fórmulas. Luego, asombrado, miró a Mario.

— Parece cosa de hechicería. Pero ignoro si esto se considera

delito o no.

— Depende... Escuche, Tissac. Tengo una idea. Si Roger y Jason están ocupados en el laboratorio, creo que es el momento de ir a ver a Cecil. Por ella he venido aquí. Deseo hablarle.

— ¿ Sabe cómo llegar hasta donde se encuentra?

— Creo que sí. Sígame.

Salieron de nuevo y, con mayor prudencia, se dirigieron hacia otro pasadizo. Subieron una escalera y luego siguieron por una estrecha galería. Mario atisbaba por todos los visores que encontraba a su paso, encontrando primero un pasillo, dos amplios baños, el oscuro dormitorio de Carla de Montreuil, y luego la alcoba de Roger. Desde un visor pudieron ver el amplio lecho, donde descansaba Cecil, con un libro en las manos, pero sin leer, perdida la vista en algún punto del muro, pensativa.

— Tengo que entrar. Usted quédese aquí — susurró Mario.

— ¿Cómo va a entrar?

— Por una puerta secreta que debe haber por aquí... Ahí está.

Efectivamente, las lámparas iluminaron una de las famosas puertas secretas, cuyo funcionamiento conocía Mario a la perfección. Antes de abrirla, empero, Mario dijo a Guy:

— Ahora verá cómo funciona esto. Vaya al visor y quédese allí viendo y escuchando. Si algo ocurre, confío en usted.

— Descuide, Mario. No le perderé de vista. Tengo tanta curiosidad como usted por saber lo que dice la señora Restany.

* * *

Paul Jason había visto más de lo que cabía esperar. Roger Restany le había hecho mirar a través del microscopio, enseñándole a Vok, un salvaje «hipéreo» que hablaba francés, así como a varios individuos de aquella minúscula raza que Roger había separado de su mundo y albergado en esferas microscópicas.

— Todos estos seres obedecen fielmente a su autoridad máxima, el mago Derke, a quien yo tengo prisionero en el interior de un

complicado circuito electrónico.

»Todas estas cosas las aprendí de los «hipéreos», Jason. Sus conocimientos de la ciencia son extraordinarios. ¿Cree usted que voy a dejarlos ir? ¡Jamás!

»Derke me copia sus fórmulas con la esperanza de conseguir su libertad y la restitución de su mundo al medio en que vivían. Para mí no sería difícil fletar una nave sideral y llevar esa piedra al anillo de Saturno. Pero si tal hiciera, jamás volvería a saber nada más de ellos.

— ¡Es extraordinario! —exclamó Jason.

— Y ahora le presentaré a Derke. Hemos de ir a otro laboratorio.

Allí fue donde Mario de Braque y Guy Tissac casi estuvieron a punto de ser descubiertos por los dos nuevos socios. Pero tanto Jason, absorto en las maravillas que estaba viendo, como Roger, calculando las ventajas que podía reportarle la colaboración del detective, no vieron a los intrusos.

Derke, el mago «hipéreo», no podía ver y hablar con Roger cuando quería. Era para él un privilegio extraordinario que su captor se dignase conectar la pantalla ultrainfinitesimal para hacerle visible a sus ojos.

Y Derke pareció sorprenderse al ver a Jason junto a Roger.

— Cosas extrañas están ocurriendo en tu vida, Roger Restany —dijo Derke —, ¿Es presumible que pronto vamos a recobrar la libertad? Piensa en la profecía, Roger… «Derke no morirá sin haber recobrado la libertad de su pueblo».

— Naturalmente, Derke — se burló Roger —. Pronto serás libre… ¿Has trabajado mucho en tus papiros? Debes tener muchas fórmulas nuevas.

— Yo cumplo mis promesas, Roger. Tú no cumples ninguna. ¿Y quién es el hombre que te acompaña?

— Quiero presentarte a Paul Jason, Derke. Trabajará conmigo. Se dedica a la investigación privada. ¿Hay algo en tu magia que le sea útil?

— ¿Investigación de qué clase?

— Del tipo de policía. Aclarar misterios, resolver enigmas, hallar desaparecidos…

— ¡Oh, sí que sois primitivos! En Hipere no hay nada que aclarar. La metafísica nos lo aclara todo.

Antiguamente se registraban los cerebros en busca de cosas ocultas. Ahora, no es necesario... Nosotros podemos ver lo que hay en la mente de alguien aplicándole un cátodo detector, que absorbe una «copia» de los recuerdos y los reproduce en una pantalla, mientras el cerebro «copiado» duerme. Esto se emplea en medicina psiquiátrica, para curar alteraciones neuróticas.

— ¿Es posible leer o ver los pensamientos? — preguntó Jason.

— Tan fácil como leer un libro. ¿Nos dejarán libres si le facilito esa fórmula?

Capitulo IX

EL AMOR ES MAS FUERTE QUE LA HIPNOSIS

Cecil Restany estuvo a punto de lanzar un grito al ver aparecer lo que, en principio, creyó el espectro de Mario de Braque. Pero él actuó con gran rapidez y se inclinó hacia ella para taparle la boca.

— No grites, Cecil... Nadie sabe que estoy aquí... ¡Tenía que hablarte!

Bajo la mano de él, Cecil jadeó. Y sus manos, trémulas, se asieron a los brazos de él, acariciándole febrilmente. Esto hizo que Mario aflojase la presión sobre la boca de ella.

— ¡Mario, vida mía! ¡Estaba pensando en ti! ¡Paul Jason me dejó muy preocupada!

— Le he visto con Roger, en uno de los laboratorios secretos. Pero ellos no me han visto a mí.

— ¿Cómo has venido? ¿Ya estás bien? ¡Oh, Mario, amor mío!

Ahora, los brazos de Cecil rodearon el cuello de Mario, abrazándole y besándole con fuerza.

— ¡Te quiero, te necesito! ¡Hasta que ocurrió esta locura, no sabía lo que significabas para mí!

Mario se desasió firmemente de aquel abrazo.

— Estás casada con Roger.

— ¡Mi matrimonio no tiene validez, Mario! ¡Fui hipnotizada por

ese demonio! ¡Me ha tenido casi siempre sojuzgada a sus deseos! ¡Posee un poder maligno en los ojos, ante los que nadie puede resistirse! Pero, además, amenazó con terminar definitivamente contigo si no le obedecía. Ni siquiera él puede tenerme continuamente bajo estado hipnótico.

— ¿Y aquella noche...?

— ¿Qué noche? — preguntó ella.

— Cuando te encontré en sus brazos. Tú estabas...

— No recuerdo nada, Mario. No sé lo que pasó. De repente me encontré en el castillo cuando apareció la policía. Pero Roger me había preparado y dije lo que él quiso... ¡Te juro por la salvación de mi alma que si hice algo abominable no fue por voluntad propia!

Mario miró intensamente a los ojos de Cecil, que se había incorporado en el lecho, luciendo una primorosa camisa de encaje y tenía el semblante alterado.

— Te creo, mi amor. Yo sé muy bien quién es Roger Restany. Probaré que es un ser maligno y...

— ¡Oh, Mario; si vuelve y te encuentra aquí...!

— ¿Qué sabes de él?

— Nada, Mario. Me tiene siempre prisionera y vigilada. Hay un criado monstruoso, llamado Uessant, que tiene ojos de asesino. Si voy a dar un paseo por el parque, siempre viene detrás de mí.

— ¿Y no conoces las actividades de Roger?

— No. Desaparece durante largas horas. Luego surge cuando menos lo esperas, caminando siempre silenciosamente, con sigilo.

»Hoy mismo, cuando Paul Jason anunció su visita, me sugestionó para que yo le recibiera. Quería terminar con él definitivamente, porque Jason es tenaz y perseverante. No fui yo quien habló con él, sino que Roger habló a través de mí.

»Al final, como yo no supe convencer al detective, apareció él y ya no sé qué trataron. Han estado todo el día hablando en la biblioteca. Ni siquiera me han avisado para cenar... ¡Quiero irme de aquí, Mario! ¡Mi matrimonio con él es nulo, porque no le quiero, y además, me hipnotizó!

— Yo te ayudaré, Cecil — dijo Mario, con voz emocionada —. Antes, hemos de desenmascarar a Roger. Todo el mundo tiene que saber cuáles son sus actividades y cómo ha conseguido su riqueza…

— ¿Qué ha sido eso? — exclamó Cecil, de pronto.

¡Un grito agudo parecía haber atravesado el muro, procedente del lugar donde estaba el pasadizo secreto, y donde se había quedado el inspector Tissac!

Mario, sobrecogido, se volvió y corrió hacia donde estaba la puerta secreta. Antes de poder abrirla, oyó varios golpes sordos, jadeos y gruñidos.

Cecil chilló y saltó del amplio lecho. Pero Mario no le hizo caso, y pulsó el resorte oculto que abría la puerta secreta. Y nada más abrirse ésta, algo así como un monstruo furioso saltó hacia él, engarfiándose dos nervudas manos en su cuello.

Mario apenas tuvo tiempo de ver un rostro brutal, deformado, de ojos pequeños y saltones, boca torcida por la furia, y unas manos, en forma de garras, que se prendieron en torno a su garganta.

Un gruñido infrahumano, seguido de un aliento fétido y húmedo, le envolvió.

— ¡Déjale, Uessant! —gritó Cecil— ¡Déjale!

La fuerza de aquel energúmeno debía ser descomunal, porque Mario se sintió izado del suelo y pesaba más de setenta kilos. De pronto, sin embargo, la férrea presión se esfumó y Mario cayó al suelo, donde quedó postrado y jadeante, mientras Cecil continuaba gritando:

— ¡Vete de aquí, Uessant! ¡Él es amigo mío!

— ¿Amigo suyo, señora condesa? — preguntó la voz ronca y torpe de aquel siniestro personaje vestido de negro, como un fantasma.

— Sí… ¡Vete, pronto!

— El señor conde me ordenó cuidar de usted… Ningún extraño puede venir a verla a sus habitaciones.

— Él no es un extraño.

El «monstruo humano» miró a Mario. Luego, se volvió y pareció

escuchar.

— Ya viene el amo — dijo—. Conozco sus pasos.

Cecil se inclinó sobre Mario y le apremió:

— ¡Vete pronto, Mario! ¡Viene Roger!

Mario trató de incorporarse, apoyándose con las palmas en el suelo. Uessant se inclinó sobre él y le sujetó la espalda.

— Usted no puede irse.

Pero Mario se volvió y descargó toda la furia de su puño derecho sobre el rostro deforme de aquel repulsivo sujeto, no logrando, empero, más que hacerle emitir un gruñido. Pero sus manos cayeron de nuevo sobre Mario, y de no haber sido por Cecil, que gritaba y empujaba al monstruoso criado, el intruso habría caído víctima de sus golpes.

No ocurrió así, y la aparición de Roger Restany, en la puerta secreta del pasillo puso fin a la contienda, donde Mario de Braque llevaba las de perder.

Roger no venía solo. Paul Jason le acompañaba. Pero el detective privado tardó unos minutos en aparecer, cuando ya Roger ordenaba a Uessant que pusiera en pie a Mario.

— ¡El inspector Tissac está muerto! —exclamó Jason.

Roger Restany miraba a Mario con ojos fieros.

— ¿Por dónde has entrado?

— Por el pasadizo secreto que conduce al garaje.

— ¿Cómo lo conocías?

— La noche que te sorprendí con Cecil, en el salón, había estado recorriendo toda la instalación subterránea.

Paul Jason se acercó y tomó del brazo a Roger.

— ¿Te das cuenta de lo que significa esto, Roger?

— ¡Déjame, estúpido! ¡Mario de Braque estaba con Cecil, mientras yo perdía el tiempo contigo! ¡Esto es un complot!

— ¿Quién ha roto el cuello a Guy Tissac?

— ¡Él ha sido! —replicó Roger, señalando a Uessant—. El mismo que mató a Mr. Brians y a todos los que encontró en su casa... Porque yo se lo mandé.

— Esto era lo único que me faltaba saber — dijo Jason, sacando un arma electrónica, del interior de sus ropas, y encañonando a Roger —. Quedas detenido, en nombre de la ley... Aquí termina mi soborno, señor conde de Montreuil.

— Pero... Entonces, ¿todo lo que hemos hablado... ?

— Un detective ha de parecer muchas veces como un repulsivo sujeto, capaz de vender su alma al mismo demonio, ¡y en este caso muy acertada la frase!, con tal de llegar al final de su trabajo... Paul Jason no se vende ni por un diamante del tamaño de una montaña.

Mario se frotaba el cuello aún, retrocediendo, porque Cecil tiraba de él, apartándole de la dirección en que apuntaba el arma de Jason. Pero el detective parecía estar hablando en serio. Y el arma encañonaba a Roger Restany.

Fue éste quien se volvió y gritó:

— ¡Mátale, Uessant! ¡Aplástale la cabeza!

El criado descomunal no esperó a que le repitieran la orden. Se abalanzó sobre Jason, quien hizo chisporrotear su arma.

¡Pero Uessant ni se inmutó al recibir la mortal descarga y continuó avanzando hasta agarrar a Jason por los brazos, alzarle en vilo y arrojarlo luego con terrible fuerza contra el muro!

Mario, que presenció la acción de Jason, no creyó que una descarga eléctrica, de mil o dos mil voltios, resultase inútil en aquel sujeto descomunal. Paul Jason tampoco lo creyó y fue lo último que pensó en esta vida.

Al chocar su cabeza contra el muro, se le hundió el cráneo, a consecuencias del terrible golpe, y quedó muerto.

Luego, Uessant se volvió hacia donde estaba Mario.

* * *

— Gracias por haber ordenado a tu monstruo que no me matase,

Roger — dijo Mario.

— En el fondo, siento debilidad por ti, Mario — contestó el otro —. Por eso no estás muerto ya.

— ¿Qué clase de animal es ese tipo?

— Si te digo quién es no vas a creerlo. Le traje de Sudamérica. Murió de una picadura de víbora, después de casi arrasar la selva, en su furia. Yo había oído hablar de él y tuve curiosidad por hacer una prueba que me enseñó el mago Derke.

»Robé el cadáver de Uessant, le sometí a la prueba del revitalizador, y volvió a la vida, aunque su cerebro quedó dañado por el veneno de la víbora.

»El resultado es ése, Mario... ¡Una especie de «zombie», capaz de obedecerme ciegamente en todo! Su cerebro es como el de un niño, y carece de imaginación.

El individuo a que se referían los dos antiguos amigos se encontraba a la entrada de la sombría mazmorra. Había sido él quien, por orden de su amo, llevó a Mario en brazos hasta el que había de ser su encierro definitivo.

Roger lo había dicho así, poco antes.

— No quiero matarte, Mario. Pero te voy a encerrar en un lugar de donde no podrás salir jamás. Es lo más que puedo hacer por ti.

— ¿Por mí o por Cecil? — preguntó Mario.

— Amo a Cecil.

— ¡Pero ella no te ama a ti!

— ¡Lo sé; no hace falta que me lo digas! —respondió el otro, gritando y haciendo que las galerías de piedra extendieran sus ecos por todas partes—. Pero acabará amándome. Yo la dominaré.

— Lo que haces es inicuo, Roger. En esta ocasión no escaparás. Conmigo venía un hombre que pertenece a la policía... Si, como dijo Jason, ha muerto, no te librarás de la policía.

— Salgo esta misma noche del castillo. Todo va a quedar cerrado y desconectado. La policía no hallará los pasadizos secretos. Sin energía eléctrica, no funcionan los resortes.

»De modo que no encontrarán nada. Y nadie más volverá por

aquí, en muchos años.

— ¿Vas a devolver a esos seres infinitesimales a su medio?

— No. Vendrán conmigo. Cada vez que los traslado, mueren algunos millones. Pero no importa. Nadie los echa a faltar.

— ¡Eres abominable, Roger!

— Adiós, Mario. Lo siento por ti. Dentro de una semana, poco más o menos, empezarás a morir. Nadie podrá oírte. Éste es el lugar más escondido de todo el castillo. Y careces de alimentos y agua. Tu muerte será por inanición, en la oscuridad.

— ¡No puedes hacerme eso, Roger! ¡Fuimos amigos!

— Las personas cambian, Mario. Ahora no somos amigos. El tiempo nos ha distanciado. Además, me gusta la mujer que te ama. Si la hubiese podido adquirir con dinero, lo habría hecho. He tenido que recurrir a otros procedimientos. Sé que se olvidará de ti, porque hay un método para condicionar las mentes... ¡Y, al fin, será enteramente mía!

Diciendo esto, Roger Restany salió de la mazmorra y Uessant cerró la puerta, dejando a Mario en la más completa oscuridad. Chirriaron los cerrojos y luego, los pasos se alejaron.

Después, un silencio de muerte se extendió por aquel sombrío y tétrico lugar, donde Mario de Braque iba a encontrar el más trágico y siniestro destino de los hombres.

¡Iba a morir, solo y a oscuras, sin alimentos ni agua!

Pero mientras tuviese vida, podía pensar en Cecil.

Ahora sabía que ella no le había abandonado, creyéndole loco. Tampoco le traicionó. Fue el maldito Roger Restany quien, utilizando su brujería demoníaca, sojuzgó a Cecil, privándola de su voluntad.

Mario sabía que el amor era más fuerte que la hipnosis.

Pero sabía que su destino iba a cumplirse allí, abandonado de todos, en una mazmorra que era como para volverse loco.

* * *

Dennis se cansó de llamar a todos los sitios donde pudiera estar su amo. Luego, se dirigió al aposento particular de Roger, cuya puerta encontró abierta.

Dentro, con todas las luces encendidas, sentada en una silla, estaba Cecil, en camisón de dormir, con la mirada fija en el muro, donde poco antes habían desaparecido sus atormentadores, después de llevarse el cadáver de Paul Jason y a Mario de Braque.

— Señora — dijo Denis —, la policía pide permiso para entrar en el castillo. ¿Dónde está el señor?

Cecil, que había vuelto a caer en estado hipnótico, no respondió. Ni siquiera escuchó a Denis.

— ¿No puede usted oírme, señora? — insistió el mayordomo—. Los porteros dicen que si no dejamos entrar a la policía, vendrán con una autorización judicial... ¡Esto es grave!

Cecil siguió sin responder. Por esto, Denis se situó frente a ella y le puso las yemas de los dedos en las sienes, frotándoselas varias veces.

— Despierte usted, señora... Es preciso que me diga lo que ha ocurrido aquí... ¡Necesito saber dónde se encuentra el señor conde!

Cecil se estremeció, de pronto, emitiendo un jadeo. Sus ojos bailaron y luego se fijaron en Denis.

— ¡Cielo santo! —exclamó.

— ¿Dónde está el conde?

— Se ha ido a través de una puerta secreta que hay ahí.

— ¿Qué ha ocurrido?

— ¡Ha vuelto Mario de Braque, con un policía!

— ¡Oh! ¿Qué más?

— Uessant ha matado a Paul Jason y al policía.

— ¡No!

— ¡No sé dónde están ahora!

Denis se aterró. Retrocedió y corrió hacia la puerta. Un instante después, utilizando una salida secreta del pasillo, desaparecía con

intención de huir por los subterráneos, hacia los bosques inmediatos. Tenía el convencimiento de que, en esta ocasión, todo iba a concluir mal.

¡Y él sabía demasiadas cosas extrañas de su amo!

Cecil, al quedar sola, se levantó, tomó una bata y se la puso. Luego, corrió hacia el piso inferior. En el vestíbulo vio la luz de dos coches a través de las ventanas. Venían por la carretera, desde la entrada.

Abrió la puerta y salió al exterior, descendiendo rápidamente la escalinata, para salir al encuentro de los coches. Eran vehículos oficiales y mostraban las luces anaranjadas y azules, centelleantes, de la policía.

Efectivamente, segundos después, los dos coches se detenían cerca de ella. El jefe Chevreux fue el primero en saltar a tierra, para acercarse a ella y saludarla:

— Buenas noches, señora condesa… ¿Le ocurre algo?

— ¡Vayan aprisa, por el amor de Dios! ¡Roger quiere matar a Mario de Braque!

— ¿Eh? ¿Dónde están?

— Dentro del castillo… En alguna parte… Hay pasillos secretos.

El jefe Chevreux había recibido la información que Guy Tissac hizo llegar por radio hasta él, y había acudido todo lo aprisa que le fue posible. Él no estaba de acuerdo con la táctica de «tiempo perdido» de su ayudante y quería evitar un incidente, porque estaba seguro de que Mario de Braque iba a causar algún quebranto.

Sin embargo, mientras media docena de sus hombres penetraban en el castillo, escuchó de labios de Cecil una declaración sorprendente:

— Mario estaba hablando conmigo cuando nos sorprendió Uessant… Oímos un grito de angustia primero. El señor Paul Jason dijo después que Uessant había matado a alguien llamado Tissac.

— ¿Tissac, muerto? ¿Quién es Uessant?

— ¡Es un monstruo sudamericano que Roger ha puesto para vigilarme! ¡Tiene más de dos metros de alto y la fuerza de seis toros! ¡Parece idiota y sólo sabe golpear! ¡Paul Jason, a pesar de dispararle con su arma eléctrica, fue aplastado contra el muro! ¡Creo que quedó

muerto en el acto!

— ¡Me está usted diciendo cosas terribles, señora condesa!

— ¡Yo no soy condesa ni nada! ¡Roger Restany me hipnotizó y me obligó a casarme con él! ¡Mi matrimonio no tiene validez! ¡Pero me ha tenido todo este tiempo como un pelele, haciendo de mí lo que se le antojaba! ¡Tienen ustedes que detener a Roger Restany y a sus criados! ¡Todos son cómplices suyos!

Chevreux no quiso escuchar más. Se acercó a uno de los coches y dijo al chófer:

— Barry, llama a Montreuil y que nos manden refuerzos... ¡Los quiero aquí inmediatamente!

— Sí, jefe.

Mientras tanto, los otros agentes procedían a registrar todo el castillo, haciendo levantarse a la servidumbre, pero sin encontrar a Roger Restany por ninguna parte.

Chevreux empezó a creer en la disparatada historia de Mario.

Capítulo *X*

LA PROFECÍA DE DERKE

En menos de media hora, las fuerzas de la policía se hicieron dueñas del castillo. Pero no fue posible encontrar a Roger Restany, que parecía haber sido engullido por algún siniestro y desconocido abismo.

El jefe Chevreux, por otra parte, no quería perder el tiempo. Reunió a los criados y los interrogó, tratando de averiguar dónde estaban los pasadizos y salidas secretas. Ninguno de ellos pudo responderle. Se limitaron a decir:

— Sólo Denis lo sabe.

— ¿Y dónde está Denis?

— Estaba conmigo instantes antes de llegar ustedes — declaró Cecil.

— Usted los vio desaparecer. ¿Por dónde se fueron?

Cecil acompañó a Chevreux a su alcoba. Allí señaló el muro por donde se habían ido todos. El jefe de policía golpeó con las manos el lugar señalado por Cecil y luego, volviéndose a sus hombres, ordenó:

— Hay que abrirse paso por aquí... ¡Vamos! ¡Embestiremos con aquel cofre!

Cuatro agentes levantaron un pesado cofre, en forma de ataúd, y cargaron sobre el lugar que Chevreux señaló con una barra de pintura de labios. A la tercera embestida, la puerta secreta se hundió, logrando así un paso hacia los subterráneos del tenebroso castillo.

Antes de entrar en el pasadizo, Chevreux recomendó a sus hombres:

— Llevad las armas preparadas. Un asesino brutal anda suelto por estos corredores. Disparad al menor asomo de peligro.

Los agentes se dividieron en dos grupos, tomando distintos caminos, y, pronto, su perspicacia, les hizo descubrir las diferentes entradas secretas que comunicaban con las dependencias interiores del castillo.

Cuando llegaron los refuerzos, el jefe Chevreux, que no cesaba de dar órdenes, fue colocando a los agentes en los distintos lugares estratégicos. Las órdenes eran cada vez más tajantes:

— ¡Si aparece alguien y opone resistencia, disparad a matar!

De aquel modo, creció la tensión entre los miembros de la policía. El nerviosismo hacía temblar las lámparas eléctricas en sus manos, así como las armas, con las que apuntaban a todas las sombras, creyendo ver fantasmas y asesinos peligrosos.

Pese a todo esto, Chevreux y sus hombres pronto se encontraron con que no podían seguir avanzando. Los pasadizos parecían haberse terminado y lo único que habían descubierto fue uno de los laboratorios de física, empleados por Roger Restany.

— ¡Tienen que haber más puertas secretas! —rugió Chevreux, al ser informado del fracaso de la búsqueda—. Mario de Braque me dijo que había, incluso, un garaje con vehículos.

— Nosotros no lo hemos encontrado — replicó el inspector André Renán, que formaba parte del grupo de exploración.

Chevreux, personalmente, recorrió todos los pasadizos descubiertos, y hubo de admitir que no había nada más. Pero barbotó:

— Roger Restany debe estar en alguna parte del castillo. Hay más pasadizos... ¡Y Mario de Braque debe estar con él; hay que buscarlos!

Media hora después, los policías descubrieron, casualmente, otro pasadizo secreto, pero pronto hallaron el camino bloqueado por una verja metálica. Esto no fue dificultad, porque recurrieron a los sopletes de oxiacetileno y el paso quedó libre y expedito en pocos minutos.

De aquel modo, la policía encontró el primer ascensor, que no funcionaba. Llegaron también hasta el departamento donde había

estado Mario la primera vez que estuvo en el castillo. La ausencia de luz hizo sospechar a Chevreux el motivo por el cual no funcionaban los ascensores.

— Han debido cortar la energía eléctrica. Y esto dificulta nuestra labor... ¡Si supiéramos cómo se conecta!

El único que conocía tal secreto era el propio Roger Restany, y éste no aparecía por ninguna parte. Chevreux empezó a temer, por tanto, que su labor sería difícil. Pero estaba decidido a desentrañar todos los secretos del castillo, y exclamó:

— ¡Aunque sea necesario removerlo piedra a piedra, encontraré el secreto de este castillo!

Amanecía ya, cuando uno de los agentes llegó corriendo hasta donde se encontraba el jefe Chevreux.

— ¡Jefe, venga usted aprisa! ¡Los controles de carretera han interceptado un vehículo tierra-aire-mar, ocupado por dos hombres! ¡Ha habido lucha y...!

Chevreux salió disparado como una exhalación. En un vehículo, estacionado frente al castillo, se trasladó al lugar donde había ocurrido el suceso. Y lo que allí encontró fue un moderno vehículo ardiendo.

Uno de los jefes de la vigilancia de carretera le explicó lo ocurrido:

— Debió de salir de entre aquellos árboles. Al vernos, trató de remontarse al aire. Entonces disparamos. Cayó y ese individuo quiso salir del vehículo.

Chevreux se acercó a donde yacía Uessant, cuyo cuerpo estaba totalmente acribillado.

— ¿Qué significa esto? — preguntó Chevreux.

— Le disparamos — dijo el jefe de la vigilancia—, ¡Fue espantoso! ¡Le alcanzaban las descargas y no se inmutaba! ¡Hube de ordenar fuego general y continuo! Sólo así pudimos abatirle.

— ¿Y el otro?

— Está muerto dentro del vehículo.

Un breve reconocimiento bastó a Chevreux para identificar a

Roger Restany, aferrado a los mandos de su coche. Debió matarse al caer a tierra.

— Se lleva consigo todos sus secretos — murmuró Chevreux, decepcionado.

* * *

Sin embargo, no fue así. Un reconocimiento al lugar donde los agentes de vigilancia creyeron ver salir el vehículo de Restany permitió primero hallar el coche «Repulse», de Guy Tissac. El acceso secreto estaba abierto. Por allí pudieron llegar hasta el garaje, donde encontraron el conmutador general. Uno de los agentes sugirió conectarlo para encender la luz. E inmediatamente, todos los secretos del viejo castillo quedaron al descubierto.

Chevreux ya no tuvo respiro desde aquel momento. Le avisaron que los ascensores subterráneos ya funcionaban. Tuvieron que dar un rodeo, mientras otros agentes trataban de abrir una verja de hierro, que, cansados de buscar el resorte accionador, derribaron con palancas.

Otro hallazgo, macabro en esta ocasión, fue el de los cuerpos sin vida de Paul Jason y Guy Tissac. Los encontraron en el laboratorio de alquimia.

Luego, Chevreux recibió la mayor sorpresa de su vida al entrar en el laboratorio electrónico y, sin atreverse primero a tocar nada de lo que allí había, conectó después la pantalla infinitesimal.

Al ver al mago Derke comprendió lo injusto que había sido con Mario de Braque.

— ¿Quién es usted? ¿Dónde se encuentra? ¿Puede usted decirme qué está haciendo ahí?

Derke parecía desconcertado al ver allí a la policía, cuyos uniformes no conocía.

— Habrá de decirme usted qué sucede. ¿Y el señor Restany?

— Ha muerto — contestó Chevreux.

— ¿Muerto? — Derke se demudó, para iniciar una serie de movimientos extraños, pronunciando palabras que ninguno de los

policías pudo entender. Sin embargo, luego añadió, en francés—: Ahora sé que la profecía se cumplirá.

Derke explicó a Chevreux muchas cosas extraordinarias. Su origen, su desdicha, todo cuanto había hecho por Roger, para obtener la libertad de él y de su pueblo, las fórmulas de sus antepasados que había revelado, todo. El jefe Chevreux estaba aturdido. Sólo pudo decir:

— Mario de Braque tenía razón. Es verdad, aunque nadie lo haya creído. ¿Y qué podemos hacer nosotros por ayudarles?

— Deben encontrar Hipere. Es preciso que nos devuelvan al anillo de Saturno. Tardaremos tiempo en recuperamos de las pérdidas sufridas, pero nada es irreparable.

Habría de ser Derke, horas más tarde, mientras los técnicos de la policía trataban de hallar el pequeño mundo de los «hipéreos», quien facilitó la pista para encontrar a Mario de Braque, al que buscaba toda la policía, iniciando lo que Chevreux había calificado de «demolición total».

— Conozco al hombre que buscan. Vino a verme hace algún tiempo… Esperen… Yo puedo ayudarles a encontrarle. Cierren la comunicación electrónica y vuelvan a conectarla dentro de una hora. Entonces podré decirles algo.

Chevreux así lo hizo y la pantalla ultrainfinitesimal quedó a oscuras. Durante aquella hora, Chevreux permitió que Cecil conociera todos los secretos del castillo.

— Muerto su esposo, todo esto le pertenece a usted, señora Restany.

— ¡Yo no soy la señora de Restany, ni lo he sido nunca, jefe!

— No importa. Legalmente, usted es la dueña de cuanto hay aquí… ¡Y le aseguro que cuanto hemos hallado vale una fortuna!

— ¿No han encontrado a Mario?

— No. Todavía no. Quedan muchos secretos por descubrir. Hemos tenido la desdicha de hallar a Paul Jason y al inspector Tissac, muerto ambos, como usted nos anticipó.

Pese al asombro de cuanto estaba viendo en aquel extraordinario laboratorio de electrónica extraterrestre, la inquietud de Cecil aumentaba por momentos.

— ¡No quiero creer que Mario esté muerto! ¡Es lo único que me queda en esta vida!

Transcurrida la hora fijada por Derke, a través de la pantalla, Chevreux volvió a conectarla. El mago de Hipere estaba allí, tratando de sonreír.

— Mi mundo todavía existe. Se encuentra en una caja fuerte oculta en el laboratorio de física electrónica.

— ¿Y Mario de Braque?

— ¡Ah, sí; le he hallado también! Está encerrado en una mazmorra muy oculta. Habré de orientarles. ¿Va a ir usted?

— Sí — respondió Chevreux.

— Bien. Le guiaré mentalmente. No se preocupe. Salga usted de aquí y no se perderá.

Atónito, Chevreux obedeció aquellas instrucciones extraordinarias. Y, efectivamente, caminó por los corredores hasta que la voz interior de Derke le dijo:

»—Deténgase ahí, jefe Chevreux. Vuélvase. Vea el resorte oculto en la piedra. Está marcado el polvo. Presione sobre él.

Chevreux obedeció aquella orden que parecía venir del más allá. Y un sector del muro se descorrió. Descendieron por lóbregos escalones, torcer un pasillo, franquear una verja, que se descorrió cuando el jefe de policía recibió la teleorden, y después llegaron ante la puerta de la mazmorra donde estaba encerrado Mario.

Los agentes abrieron la puerta.

Mario apareció en el dintel, parpadeando, sin saber quién acudía a socorrerle.

— Lo siento profundamente, señor de Braque — acertó a decir el jefe Chevreux—. Si le hubiésemos creído al principio...

— ¡Jefe Chevreux! ¿Es posible?

* * *

Después del emocionante encuentro entre Mario y Cecil, la policía detuvo a Denis en las inmediaciones del castillo. Había permanecido oculto durante toda la noche y, cuando pretendió huir, fue descubierto por los detectores de vigilancia. Conducido a presencia de Chevreux, hizo una confesión amplia y completa.

Mientras, Cecil y Mario desayunaban en el comedor, en presencia del inspector André Renán, quien rechazó la invitación de Cecil.

— No puedo tomar nada estando de servicio.

— ¡Y vaya servicio!—añadió Mario—. Creo que no se habrá encontrado usted jamás con un caso como éste.

— ¡Jamás! —repitió el agente— ¡Diablos, es que todavía no lo creo!

— Pues es cierto. Roger Restany obtuvo una piedra, que era un pequeño mundo habitado. Debió utilizar primero el microscopio y luego procedimientos electrónicos. Ignoro cómo pudo establecer el contacto, pero debió ser por medios extrasensoriales y telepáticos. El mago Derke conocía bien esos recursos.

— Lo que no entiendo es cómo no pudieron obligar a Restany a devolverles a su lugar de origen.

— Yo tampoco. Sin embargo, creo que no hay maldad en esos pequeños seres.

— Hemos estado viendo a uno de ellos, en el microscopio — dijo Renán —. Es increíblemente pequeño.

Cecil también habló del sueño que tuviera la primera noche en que conoció a Roger. Se lo contó a Mario y a Renán, y ambos coincidieron en afirmar que era una premonición.

— O tal vez, algo, situado en el subconsciente, trató de informarte.

— Hemos de informar a la Academia de Ciencias — añadió Renán—. Supongo que ustedes no tendrán inconveniente.

— Desde luego que no — afirmó Cecil—. Pero ese pequeño mundo debe ser devuelto cuanto antes a su órbita original. Haré todo lo posible para conseguirlo.

— Todo cuanto hay en este castillo le pertenece a usted, señora.

Mario miró fijamente a Cecil. Pero ninguno habló. Sus pensamientos parecieron quedarse en sus mentes. Ambos, sin embargo, se habían comprendido.

— No deseo saber nada absolutamente de tu matrimonio con Roger Restany — le diría Mario después, cuando tuvieron ocasión de hablar a solas—. Sé que te dominó su poder mental… A mí me ocurrió lo mismo. Enloquecí y no pude ayudarte. Ambos hemos sufrido lo nuestro. Ahora, debemos olvidarlo todo.

— Si quieres, renuncio a cuanto me corresponde de este castillo.

— Sería una tontería, querida. Hay muchos tesoros aquí metidos. Podemos aprovecharlos. Haciendo el bien con sus riquezas, Roger Restany habría sido más feliz. Espero que tú sepas repartir la riqueza y ayudes al necesitado allí donde lo encuentres.

— Descuida, Mario. He de ser pródiga en extremo y jamás acabaré con los tesoros del «brujo».

— ¿«Brujo»? — Mario se sorprendió — ¡Sí, claro; es la palabra adecuada!

Se abrazaron y se besaron. Se amaban. Nada podía separarlos porque su amor era verdadero.

Sin embargo, aún permanecieron en el castillo durante varias semanas. La policía terminó por retirarse definitivamente, después de haber descubierto todos los misterios del castillo de Montreuil y de ayudar a los científicos enviados por la Academia de Ciencias, con los que colaboró Mario.

Al fin, se decidió recoger a todos los seres infinitesimales de Hipere, colocarlos libremente en su pequeñísimo mundo, y, con sumo cuidado, transportarlos a Saturno.

Se estableció una correspondencia amistosa entre terrestres e hipéreos, que redundó extraordinariamente en el desarrollo de las ciencias físicas, puesto que los sabios de la Tierra tenían mucho que aprender de los «hipéreos».

Y la profecía de Derke se cumplió, volviendo a ser libre antes de su muerte. Sin embargo, fueron muy pocos científicos los que supieron dónde se hallaba Hipere en el increíble concierto de piedras sueltas que formaban el anillo inmenso de Saturno.

En el castillo de Montreuil, Mario y Cecil volvieron a casarse. Emprendieron un largo viaje de novios alrededor del mundo y

estuvieron en Juliaca, junto al famoso lago Titicaca, para hacerse cargo de las propiedades que Cecil había heredado allí.

Fue preciso realizar algunas sustituciones entre el alto personal, porque había gente que añoraba a Roger Restany.

Antes de todo aquello, el jefe Chevreux había explicado a Mario y Cecil las causas de la muerte de Mr. Brians:

— Roger no era individuo al que se pudiera negar nada, puesto que se creía el ser más poderoso del mundo. Y sucedió que, al tener noticias de la llegada a Francia de tres microscopios ultrainfinitesimales, llamó a Mr. Brians y exigió que le fuese enviado uno.

»Era material secreto, y Mr. Brians se opuso. Surgió la discusión, envió a ver qué había detrás de su demanda.

»Lo demás ya lo saben. Roger envió a Uessant a matar a Mr. Brians, y le llamó a usted. Sencillamente quería culparle del asesinato. Era evidente que ya estaba encaprichado por Cecil y usted le estorbaba. Prueba es que ya había influido en la mente de ella para que fuese a visitarle a solas.

Mario y Cecil de Braque pudieron hacer mucho más bien que mal había causado el conde de Montreuil… Y, singular paradoja, el título nobiliario pasó, por derecho propio, a Mario.

Pero éste prohibió ser llamado «M'sieu le comte»… ¡Odiaba aquel título!

FIN